

Esta edición PDF
del **Papel Literario**
se produce
con el apoyo de



GISELA KOZAK SOBRE JUDIT GERENDAS: Resultaba curioso que mi maestra fuese comunista a pesar de lo ocurrido en su país natal, Hungría, invadido por la Unión Soviética en 1956. La apasionada lectora de Kafka y Proust siempre fue crítica con la burocracia del llamado "socialismo real" y nos advertía respecto al afán policial del estalinismo. Resuenan en mis oídos las carcajadas con las que celebrábamos la narración de su fracasado intento de asentarse en Hungría con sus hijos Eduardo e Iván: la comunista no se avino con el comunismo.



PUBLICACIÓN >> PHOTOBOLSILLO DEDICADO A LOS ÁLBUMES DE HELLMUTH STRAKA

Los álbumes de papá

Con un texto introductorio de Horacio Fernández, PhotoBolsillo, Biblioteca de Fotógrafos Latinoamericanos, ha publicado *Hellmuth Straka*, antología de páginas seleccionadas de sus singulares y reveladores 27 álbumes, excepcionales documentos que contienen fotografías, dibujos, mapas, pie de fotos y breves frases, conjunto extraordinariamente revelador. En el entrañable texto que sigue, su hijo, Tomás Straka, habla de sus recuerdos de ese hombre excepcional que fue Hellmuth Straka

TOMÁS STRAKA

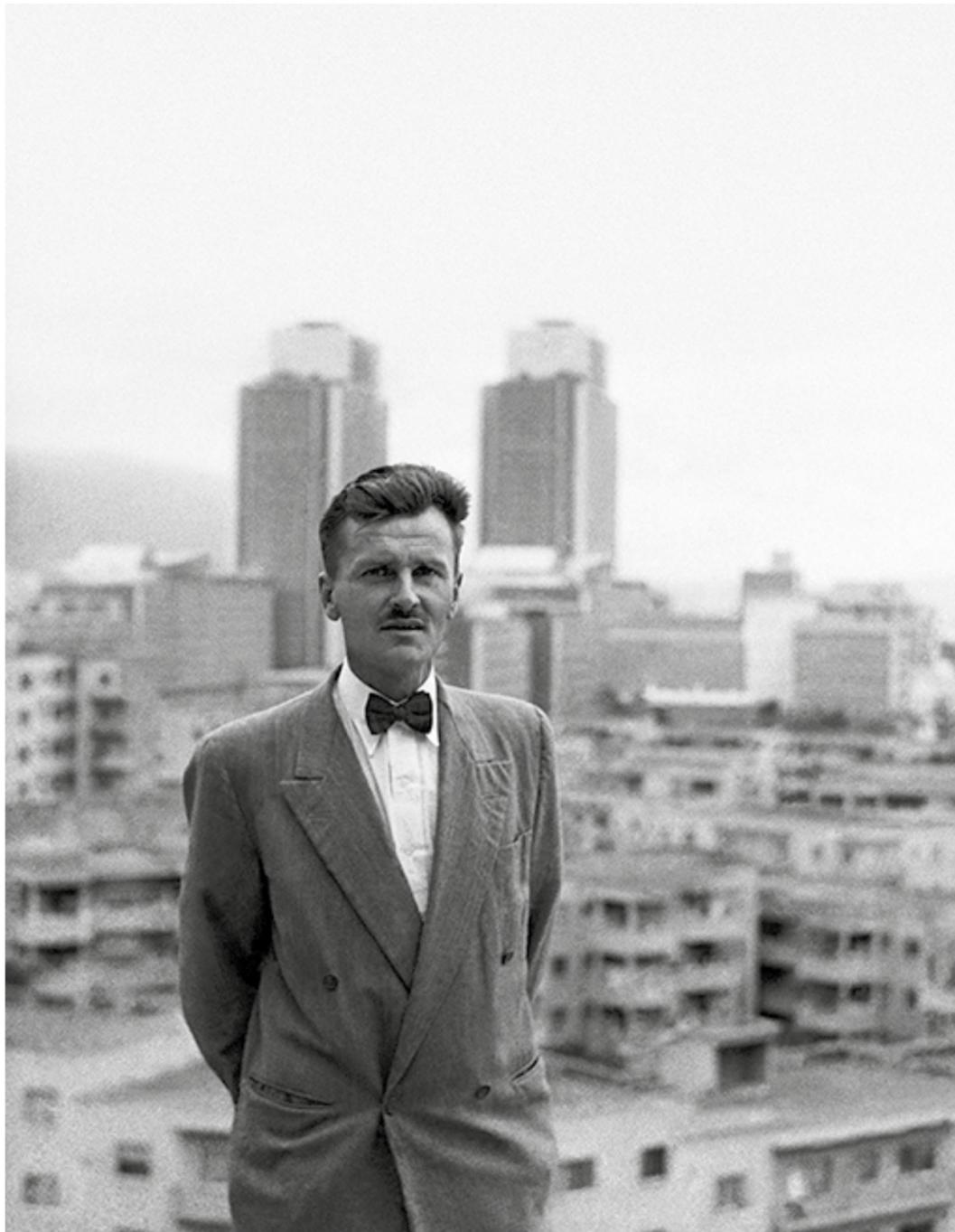
A Vasco Szinetar y Nelson Rivera

Puedo recordarlo, reconcentrado sobre sus álbumes, en la casa de San José. Era un trabajo de horas, tal vez de días, no puedo precisarlo. Pero sí me consta que era un trabajo largo. Cuando quise imitarlo con mis primeras fotos, no tuve la paciencia. Papá iba recogiendo imágenes y mapas, esperaba a la foto exacta, y entonces las calcaba en papel cebolla, las plasmaba en las páginas de las libretas —porque los álbumes eran agendas, nunca álbumes comerciales, de esos que venían con hojas revestidas de plástico— y las coloreaba. Un trabajo artesanal, que complementaba con comentarios y datos. Evidentemente, todo aquello era para satisfacción personal. Nadie, fuera de la familia, los veía. E incluso en la familia, solíamos reparar otros álbumes, esos sí comerciales, con imágenes usuales: fotos de viajes y reuniones, de navidades o algún otro evento. Pero sus expediciones, las investigaciones de cuevas y petroglifos (sus dos pasiones para cuando lo conocí), estaban en esos cuadernos numerados, comentados y decorados, que son como el gran diario gráfico de su vida. Algunas de aquellas fotos terminaron siendo publicadas. Otras se volvieron diapositivas, esas sí para mostrar. Antes de las redes sociales había una costumbre en torno a la fotografía: la de hacer tenidas con amigos y enseñarles diapositivas de algún viaje. No me acuerdo que papá haya hecho una en la casa, pero sí haber asistido a muchas. Además, todo conferencista debía tener su batería de diapositivas. Pero los álbumes, en sí, eran asunto suyo y nada más que suyo.

Hoy, gracias a la Fundación Fotografía Urbana, de Caracas; a La Fábrica, de Madrid; y al empeño de Vasco Szinetar, esos álbumes se hacen públicos. Editadas algunas de sus páginas en un fotolibro de la Biblioteca de Fotógrafos Latinoamericanos, que tiene nombres del tamaño de Cassasola, Korda y Paolo Gasparini, le otorgan a mi papá, Hellmuth Straka (1922-1987), plena ciudadanía en la república de los fotógrafos. Todos siempre lo pensamos de otra manera, como un antropólogo o un espeleólogo, autodidacta pero con aportes, algunos significativos. Como un humboldtiano perdido en el siglo XX, que leía de todo, de historia a botánica, y escribía deliciosos artículos de viajes y de costumbres. Incluso como un periodista, al que la Cadena Capriles llegó a encargarle la cobertura de algunas cosas. Pero las fotos, que siempre lo acompañaron en cada estación de su vida, eran como algo accesorio a todo lo demás. Ahora, gracias a la mirada de Vasco, se está haciendo lo central.

Un fotógrafo en El Tamarindo

Mi papá andaba permanentemente con una cámara, de modo que antes, mucho antes de los selfies y toda la revolución de los celulares, cuando las fotografías eran muy planificadas, tenía



HELLMUTH STRAKA (1954) / ©ARCHIVO FOTOGRAFÍA URBANA

ya la costumbre de tomar fotos en todo momento. Tal vez nadie menor de cuarenta años se acuerde bien de la relación usual con la fotografía a fines del siglo XX. No todos tenían cámara (y en Venezuela, básicamente nadie la tenía en los sectores populares), los que la tenían solo las sacaban solo para ciertas ocasiones, como algún evento muy especial o sobre todo las vacaciones; muchos seguían yendo a los estudios para tomarse fotos, aunque eso se fue restringiendo a las fotos-carnet, y aún se tomaban fotografías en las plazas, donde una multitud de fotógrafos inmortalizaron niños jugando, parejas de novios o visitantes de otros lugares. Los grandes hitos de la vida eran asunto de fotógrafos profesionales: en la escuela, con el mapa de Venezuela de fondo; en la primera comunión, poniendo la mejor cara de santo o santa posible; la ju-

ramentación en el ejército, la graduación de bachiller o de la universidad, el matrimonio, algún acto en la empresa. En ese universo, que entonces nos parecía de popularización de la fotografía, pero que comparado con el actual se nota tan restringido, mi papá empleaba parte de sus nunca abundantes recursos a comprar cámaras, revelar fotos y organizar amorosa, pacientemente, sus álbumes.

Siempre fueron cámaras sencillas, de bolsillo, y siempre fotografías en blanco y negro. Aducía que eran más económicas, aunque, creo ahora, lo estético también debió jugar un papel en esto. Era un rito frecuente, al que lo acompañaba, ir a un fotoestudio que quedaba por la esquina de Veroes, cerca de la catedral, o a otro en la plaza de La Candelaria, que yo prefería porque se combinaba con un rato en el parque.

Mientras yo jugaba, papá hablaba con un grupo variable de españoles y, no pocas veces, rematabamos con un helado (papá, siempre, ron con pasas). Aquellas tertulias, decía papá, siempre terminaban siendo de Franco, lo que en ocasiones llegó a fastidiarlo un poco. En La Candelaria compraba *Historia y vida*, una revista que amaba aunque, solía quejarse, estaba, como los contertulios, demasiado enfocada en la Guerra Civil. Mi hermana era entonces muy pequeña, por lo que solo venía de vez en cuando, cuando la salida era familiar. No hay forma de que la plaza La Candelaria no me recuerde a papá.

No obstante, vivíamos bastante más arriba, entre el Panteón y el Hospital Vargas. De niño me enseñaron que había tres cosas que debía aprenderme: el nombre exacto de mis padres, el teléfono de la casa y la dirección. Esta era: de

Macuro a Hospital Vargas, bajada de El Tamarindo, No. 39, y había que insistir en que era *Macuro*, no Amacuro (después supe que el nombre de la esquina se puso en homenaje a Colón, tal vez cuando el cuatricentenario, en 1898). Ni la esquina de Macuro, ni la de San Rafael, que era la más central, ni todas las manzanas que rodeaban al Panteón y al Cuartel San Carlos, existen ya. Para hacer la Biblioteca Nacional y el Foro Libertador, aquello fue expropiado y demolido... Pero después no fue reconstruido según los planes. Con el Viernes Negro se detuvo lo que del Foro se tenía diseñado para la parte posterior del Panteón, lo que dejó varias manzanas yermas donde hoy están unas explanadas, un estacionamiento, unos bloques de Misión Vivienda y el nuevo mausoleo del Libertador. Cruzando la avenida, los terrenos simplemente fueron invadidos. Así, lo que había sido una zona urbana consolidada, hoy es un barrio de creación informal. El decreto abarcaba la bajada de El Tamarindo y, de hecho, nuestra casa fue finalmente expropiada. El dato es importante, no solo porque aquellos álbumes me remiten a San José, sino porque ahora me ayudan a comprender algunas cosas clave de mi papá.

Logramos que el gobierno nos pagara la casa, que no obstante sigue allí. Derrotado y sin fondos, el Estado reconoció que el Proyecto Libertador no se podía concluir. Los propietarios de inicios de los años ochenta nos fuimos, casi todos hacia el Este (nosotros lo hicimos a Chacao), y las casas fueron alquiladas, en términos generales, a inmigrantes colombianos y dominicanos que entonces llegaban a raudales. Algunas, adquiridas por el gobierno y por eso simplemente desocupadas, fueron invadidas. Y muchos años después, el Estado volvió a darle la propiedad a quienes las ocupaban. Un final elocuente de las políticas urbanas de Caracas, pero que en lo personal me remite a lo mucho que papá sufrió y padeció por la expropiación. Lo vivió como una segunda expulsión, después de haber perdido la casa de Checoslovaquia. Una foto de aquella casa natal estaba enmarcada en la sala, siéndome tan familiar que cuando estuve en su pueblo natal en 2021, la reconocí inmediatamente. A mi papá lo vi llorando solo tres veces: cuando hospitalizaron a mi mamá (creo que nos creía dormidos a mi hermana y a mí), cuando murió mi abuela y cuando tuvimos que mudarnos. Me sorprendió mucho el llanto. Hoy, el conocimiento de la tragedia que lo expulsó de su patria, ahora casi me hace llorar a mí también.

Pero papá no era de quedarse llorando. Se metió en movimiento vecinal de San José (a veces lo acompañaba: se reunían los sábados en la escuela parroquial de San José), formó parte de comités, firmó cartas, escribió un bellissimo artículo en *SIC* sobre la bajada de El Tamarindo, que se puede bajar de internet; y cuando a los extranjeros se les dio el derecho al voto en las municipales, lo ejerció, como siempre, votando a la izquierda (uno de los portugueses de la panadería hizo un pequeño partido que, visto hoy, me parece de esos de artesanos más o menos anarquistas: naturalmente, papá estaba con ellos). Tanto se involucró que, después de muerto, se llegó a plantear su nombre para un parque en Los Mecederos. La casa era alta y estrecha, de tres pisos. Debí ser construida en algún momento de los años cuarenta. Se llegaba por una especie de vereda con casas similares, muchas de las cuales eran alquiladas y, al menos una, era una vecindad. Lo del *Señor Barriga* era cierto: un señor con maletín iba a cobrar los alquileres, que la gente pagaba en efectivo. En aquella Caracas nadie pensó nunca en que lo podrían atracar. Nosotros éramos propietarios.

(Continúa en la página 2)

Los álbumes de papá

(Viene de la página 1)

El piso de la mitad era una especie de *piano nobile*, con la sala, que era un santuario de objetos de sus viajes y exploraciones; y un cuarto donde dormíamos mi hermana y yo. En la sala había un escritorio de acero, me imagino que desincorporado de la CANTV, donde papá trabajó hasta jubilarse. Encima del escritorio, en desafiante eclecticismo, estaba un mueble familiar del siglo XVIII que, de algún modo, logró salir de Checoslovaquia y llegar a Caracas. Allí escribía sus artículos, sobre todo para dos revistas: la de esoterismo *Cábala*, donde tenía una sección sobre mitos y leyendas; y otra de viajes y excursionismo, *Mecánica nacional* (otra aclaratoria constante: *nacional*, no *popular*). Por eso allí también lo acompañé, cuando nos leía sus artículos a mi mamá, a mi hermana y a mí, para que le atajáramos los errores en español. Y allí, también, duraba horas haciendo los álbumes. Después de venir del fotostudio, el segundo rito era ver las fotos, que sacaba de sus sobres de plástico azul, acaso, para él, con esa expectativa que se tenía entonces para verificar cómo habían salido (hasta donde recuerdo, nunca lo oí quejarse de alguna estuviera movida o mal enfocada). En los siguientes días ocurría el tercer rito de los álbumes, que nos enseñaba cada vez que llenaba unas páginas nuevas, y que generalmente no volvíamos a ver más.

Creo que nadie, comenzando por él mismo, se imaginaba que en *El Tamarindo*, como se le dice coloquialmente a la zona, había un fotógrafo importante, incluso de estatura continental.

Unicum

Creo que papá les daba a sus fotos un valor documental y testimonial. Se tomaron pensadas para su plan de vida humboldtiano de viajar, investigar y escribir sobre eso. *National Geographic*, otra de sus publicaciones amadas, entonces se centraba más en fotografías científicas, antropológicas y científicas, que buscaban registrar, no ser bellas. Una extensión de la pintura humboldtiana, que en Venezuela tuvo un protagonista importante, Pal Rosti. En 1977 mi papá pasó a formar parte de la National Geographic Society, otro diploma que mostraba orgulloso en las paredes. Ese era su espíritu. En los álbumes las fotos no eran protagonistas por sí solas, sino parte de un relato. Sabía que algunas eran muy buenas, por ejemplo, la que despliega entera el fotolibro, donde están con un grupo de bayeles de Guinea Ecuatorial, que tenía colocada en una pared de casa. Pero el hecho de que los álbumes eran un asunto absolutamente personal, y que para las fotos nunca buscó un destino distinto que el de sus publicaciones, dice bastante de la forma cómo percibía aquello.

Mi papá murió en 1987, devorado por un cáncer. Tantas angustias, calmadas por igual de numerosos cigarrillos, algún papel debieron jugar en ello. Todo indica que fue muy feliz en Venezuela, pero el llanto cuando tuvo que dejar la casa de El Tamarindo, demuestra cuán cerca de la superficie estaban sus demonios. Era un hombre alegre, extraordinario conversador, hacía reír a carcajadas a sus contertulios, disfrutaba la buena mesa, aunque era muy moderado con el licor; leía mucho, todo el tiempo, de forma casi obsesiva, podía ir al cine todas las semanas y amaba la música. Bailaba bastante bien, aunque se abstenía de ritmos tropicales. Sin embargo, solía tararear algunos boleros, como "Piel Canela" y "Noche de Ronda", engolando la voz un poco a lo Pedro Infante. Nos criamos yendo a las temporadas de ópera en el Municipal, al Cine Ávila o al Cine Roma, y a cenas y reuniones con sus numerosos amigos, muchos de ellos *musiúes*.

Como hijo único y además inmigrante, más allá de la familia nuclear

que formó ya en sus cincuentas, papá había hecho una *familia* de amigos entrañables. Sus nombres hablan bastante del mundo que se construyó. Era compadre de Eugenio De Bellard Pietri y de Angelia Pollak-Eltz, que se preocuparon en serio por nosotros cuando murió. Solo después nos percatamos de cuán importantes eran en sus áreas. La Dra. Federica Ritter, también vecina de San José, era una visita cotidiana. Rafael Ramón Castellanos y Alí Lameda fueron amigos y compañeros de proyectos intelectuales. Con Franco Urbani hizo investigaciones. Me crie con un universo de antropólogos a mi alrededor: José María Crucent, Erika Wagner, Enriqueta Peñalver, Mario Sanoja, Jeanine Sujo. Salvo, tal vez, Wagner, ninguno era muy cercano, pero a todos los trataba (y me parece que con Crucent no se llevaba muy bien). Miguel Sapkowski, pionero de la televisión en Venezuela, era otro amigo cercano. Corrado Honeck, que fue casi su hermano, fue un compañero de investigaciones, buscador de oro en Guayana y estudioso de los OVNIS, lo que a papá no dejaba de generarle gracia, aunque los ovinólogos, que eran un montón en los setentas, solían buscarlo. Cuando Erich von Däniken vino a Venezuela, le encomendaron hacerle una entrevista. Un haitiano exiliado, Robert Lespinasse, el papá del famoso psiquiatra, y la hija de un vienés afinador de pianos en Maracaibo, Edith Kugel, terminaban de constituir la familia *venezolana* de papá. Uno de sus editores, Janis Kleinbergs, se hizo otro entrañable. Su director inmediato en la Cadena Capriles, Jean Pierre Luneau, también llegó a profesarle gran cariño. Paul Rouche fue otro compañero de andanzas y buen amigo.

Unicum, lo llamaba la Dra. Ritter. La exposición sumaría de su vida avala este cognomento. Mi papá nació en Checoslovaquia, que es un Estado que no existe, como parte de una etnia que tampoco ya existe, o casi no existe, que es la de los alemanes de Bohemia. Esa condición de "último Mohicano" llegó a generarle pesar al final de su vida. Se trataba de un pueblo de habla alemana que vivía en Bohemia y Moravia, producto de las dinámicas de Europa Central. En realidad, siempre se siguieron sintiendo austríacos, aún después de colapsado el imperio. El apellido Straka, no obstante, es checo, en realidad bastante común, aunque la tradición familiar insista en emparentarnos con los Condes Straka, los mismos del actual palacio presidencial de Praga, la Aca-

demia Straka, y el escudo de la familia sea el nobiliario. De tal modo que en realidad mi papá nació en una familia mixta, checo-alemana, pero su idioma materno y universo cultural siempre fue, en realidad, el alemán (solo lo oía hablar checo con un joyero que estaba por la Esquina del Cuji, por donde a veces pasaba).

Cuando Hitler cumplió su cometido de integrar a todos los pueblos de habla alemana en el III Reich, y Checoslovaquia fue desguazada, el pueblo de papá, Gratzen (Nové Hradý en checo), entró al nuevo imperio alemán en 1938. Por eso, cuando se graduó en el Gymnasium de Budweis (sí, el mismo lugar de la cerveza, en checo České Budějovice), hubo de entrar a la Wehrmacht en 1941. Siempre soñó con viajar y tener aventuras. Desde niño padeció eso que los alemanes llaman *fernweh*, esa angustia por viajar muy lejos. Gratzen parece un pueblo de cuento de hadas, cosa por la que hoy es un destino turístico. Mi familia tenía una de las principales tiendas del pueblo y mi bisabuelo, por más de veinte años, había sido alcalde, según parece muy querido. Mi abuelo, Viktor Straka, era maestro en la escuela y mi abuela, Marie Therese, un personaje. La heredera del negocio familiar, era el principal sustento de la casa y, en sus ratos libres, era titiritera y guionista de obras de títeres. La Radio Alemana de Praga llegó a transmitir alguna de sus obras. Mi abuelo también escribió teatro y llegó a publicar una obra.

Pero papá quería ir al trópico, conocer mundo. A los doce años se escapó de su casa para irse de voluntario a combatir en el ejército etíope, en medio de la invasión italiana. La aventura terminó en una estación de ferrocarril, donde la policía lo halló y regresó a su casa. La vida le permitiría apoyar otras luchas antimperialistas. No obstante, la guerra que le tocó combatir lo hizo justo en un ejército imperial, la Wehrmacht. Participó en la Operación Barbarroja, la invasión a la Unión Soviética, y allí estuvo hasta que su unidad fue completamente aniquilada en la batalla de Stalingrado. Una herida a tiempo, lo sacó de la ciudad antes de que se cerrara el cerco. Después fue enviado a Yugoslavia. Su facilidad con los idiomas había sido empleada como intérprete con los croatas, que formaron un regimiento de su división en Rusia. De algún modo, se las había arreglado para entender el croata, tal vez porque ya hablaba checo. Después le dieron el mismo trabajo con soldados de la India y árabes que habían de-

sertado del ejército británico por oponerse al dominio inglés. Pienso que papá se entendió con ellos en inglés. Además, su independentismo le generaba simpatía. Aunque era un muchacho que no podía calcular la escala de la maldad del nazismo, nunca se dejó seducir por "esos locos", como los llamaba.

Papá siempre estuvo, en cuanto soldado, orgulloso de sus condecoraciones; la típica pregunta entre los hombres de su generación —¿dónde peleaste?— no era algo que eludía; respetaba mucho a cualquier veterano laureado, indistintamente del bando en el que hubiera peleado (cosa que entiendo era común en todos); recibía el boletín de los veteranos de la *100. Jäger-Division* y sus amigos de la guerra tenían un estatus distinto al de los demás. Pero del nazismo siempre habló mal. Cuando lo obligaron a meterse en la Juventud Hitleriana, simplemente se escapó, y si la cosa no llegó a mayores fue por los contactos de mi familia en el pueblo. Mi abuelo se deprimió cuando vio

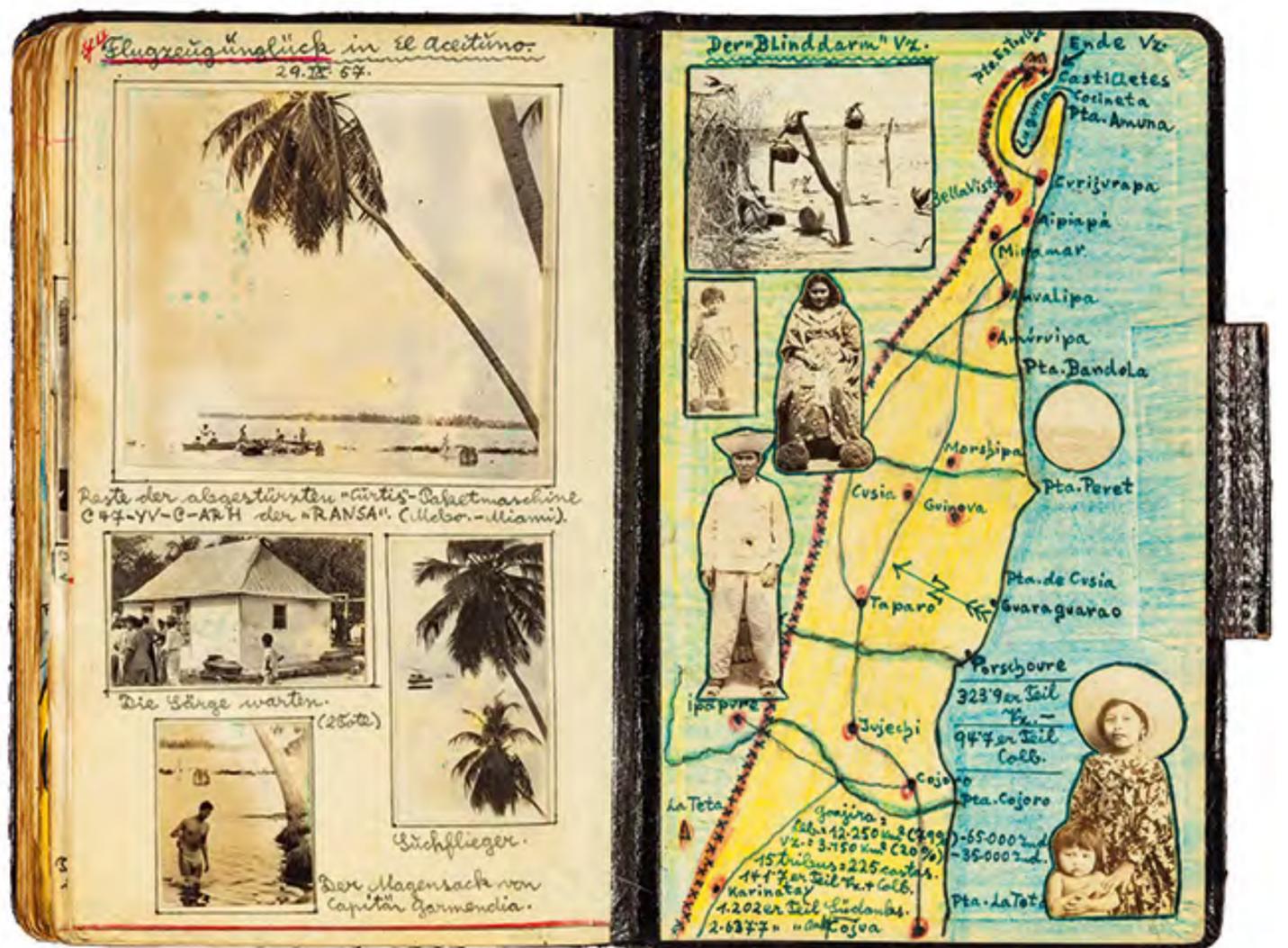
“

Como hijo único y además inmigrante, más allá de la familia nuclear que formó ya en sus cincuenta, papá había hecho una familia de amigos entrañables. Sus nombres hablan bastante del mundo que se construyó. Era compadre de Eugenio De Bellard Pietri y de Angelia Pollak-Eltz”

los nuevos programas con las leyes de Nuremberg, siempre consideró que la guerra la ganarían al final los aliados y, arriesgando la vida, fue de los que sintonizó a la BBC. A mi papá nunca le oí hablar mal del pueblo ruso, ni de los checos étnicos, ni de ninguno de los conchos que ensangrentaron a Europa. Nos mantuvo al margen de todo aquello. Descubrí que eso no fue, ni de lejos, así en todos los casos. Ni siquiera se ocupó de que aprendiéramos alemán. De Rusia le quedó la costumbre de comer *kasha* y su amor por la música rusa. Pero tal vez lo más importante que hizo allá fue arreglárselas para salvarle la vida a un judío, aventura que da para otra crónica. No sé cómo lo veía él, pero para mí es el acto de coraje que le hubiera merecido la medalla más alta (y vaya que papá, en una división de alpina de asalto, tuvo que hacer temeridades!).

Fue esa la época en la que tomar fotos se hizo una afición. Adolescente, ya había fotografiado la invasión alemana a Checoslovaquia, incluso a Hitler (pero eso foto se perdió), así como todo lo que pudo en la guerra. También grababa películas. Cuando fue capturado el hijo de Stalin, por ejemplo, un oficial, que lo vio con la cámara, lo llamó para que lo grabara. Cuando estubo en la operación comando que casi captura a Tito, se lamentó de no haber podido tomar la foto. La guerra fue la inflexión fundamental en su vida. A nosotros nos la contaba con infinitas anécdotas de sobremesa, evidentemente matizadas. Solo después que adquirí plena conciencia de lo que representaron el millón de muertos de Stalingrado y la *rattenkrieg*, puedo entender su aversión a la bulla, que lo exaltaba, o sus ataques de nervios, que calmaba fumando. La metralla que tenía en la garganta no fue, seguramente, una cicatriz más fuerte que las emocionales. El fin de la guerra no significó la paz para él. En parte como venganza, y en parte como profilaxis de futuras invasiones, el presidente de Checoslovaquia, Edvard Beneš, en 1946 firmó un conjunto de decretos por los que confiscaba los bienes y expulsaba del país a todos los germanoparlantes (se les conoce como los Decretos de Beneš). Fue aquella pérdida de la patria, del terruño y del hogar que tanto afectó a papá, como a otros millones de alemanes que fueron expulsados de sus casas. La pérdida que le hizo arrancar lágrimas cuando le tocó abandonar su amado Tamarindo.

(Continúa en la página 3)



ÁLBUM, LA GUAJIRA (1955-1957) – HELLMUTH STRAKA/ ©ARCHIVO FOTOGRAFÍA URBANA

Los álbumes de papá

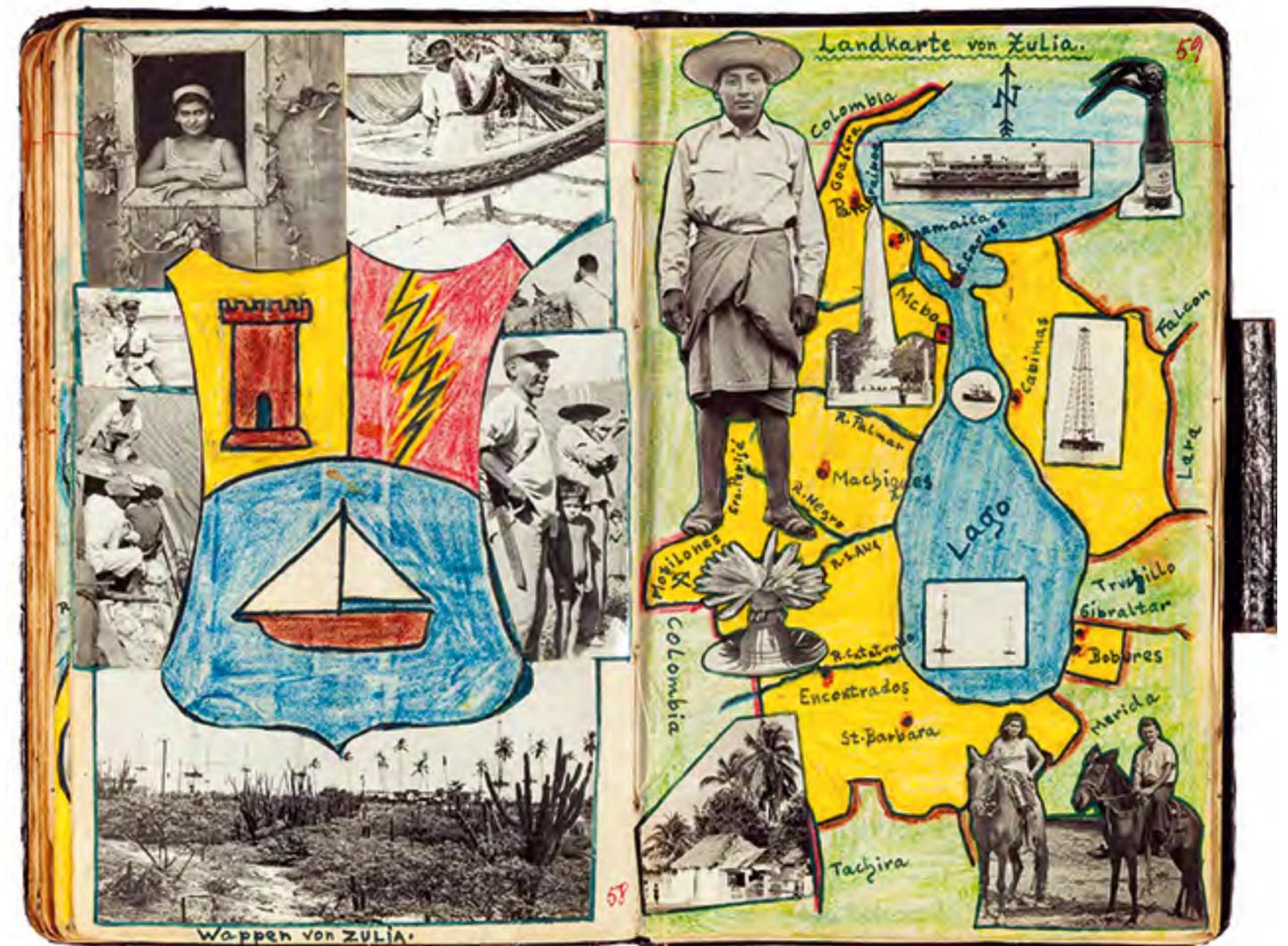
(Viene de la página 2)

El fotógrafo en Venezuela

Como una rama de la familia estaba en Austria, lograron establecerse en Estiria. Mi abuelo rehizo su vida como maestro en un pueblo alpino y mi papá consiguió un empleo prometedor, en la Gendarmería. Incluso le dieron grado de teniente. El inglés nuevamente ayudó a que las tropas americanas e inglesas vieran en él a un buen gendarme. Pero la posibilidad de ser policía no le gustó nada. Años más tarde dirá en una entrevista que eso de perseguir contrabandistas, su principal tarea, no era lo suyo. Tampoco se le ocurrió ir donde su primo-hermano, Carl Hahn (1894-1932), uno de los fundadores de Audi y figura importante del Milagro Alemán. Siempre le tuvo un inmenso cariño a mi abuela, su tía; y sin duda lo habría ayudado. Pero mi papá tomó una decisión típicamente suya: renunció a la Gendarmería y se unió a un circo.

Siempre recordó con amor su período en el circo, que no debió pasar de uno o dos años. En la casa tenía guindada una foto con su uniforme circense. Su trabajo era limpiar los animales, en especial los elefantes. El circo lo ayudó a viajar y a comer. Entonces comenzó a tomar sistemáticamente fotos de sus viajes e hizo los primeros álbumes, menos decorados y con comentarios escritos en alfabeto Sütterlin (no fue hasta mucho después que cambió al alfabeto latino). Después del circo intentó entrar como inmigrante ilegal a Suiza, donde los detienen, meten en un campo de prisioneros, casi todos rusos huyendo de Stalin, y finalmente lo deportan a Austria. Para 1949 está ya en Italia, donde permaneció, con retornos a Austria y visitas a otros países, por tres años. Recorre la península, el Año Santo que decretó Pío XII en 1950, lo encuentra de jardinero en un monasterio en Roma; y la muerte de Salvatore Giuliano, un bandido social que, en cierto modo, fue el último episodio de la guerra civil italiana, lo sorprende recogiendo tomates en Sicilia. Aprendió italiano, amó mucho a aquel país, adoraba sus canciones, como todos los jóvenes de la época se enamoró un poco de Gina Lollobrigida y, hay indicios, logró relacionarse con algunas muchachas locales que a lo mejor le recordaron a la Lollo. Pero quería viajar más. Tal vez influyó que Italia también estaba bastante mal, que consideraba, como lo hizo hasta el final, que Europa estaba acabada, que lo mejor era huir. Pero creo que sobre todo sintió que había llegado el momento de vivir el sueño, de irse lejos, muy lejos.

Cuando Egipto termina de independizarse en 1952, escribe a la legación en Viena ofreciéndose como soldado, que era una de las pocas cosas que sabía hacer, después de los idiomas y del oficio de telegrafista, que le enseñaron en el ejército. Egipto declina la oferta, pero en algún punto de Italia se encuentra con un oficial del ejército venezolano, el Teniente Coronel Jiménez Velásquez, que le comenta que están buscando inmigrantes en Venezuela. Mi papá tenía un conocimiento muy parcial del país. Había leído en la prensa algo de un dictador que había muerto en el poder, después de gobernarla por décadas; y en la escuela le hablaron de un tal Simón Bolívar, que mi abuelo, liberal como siempre fue, al parecer admiraba. Por su cuenta leyó algo más de vacas y llanos, que no le llamó la atención. Me da la impresión de que, por alguna razón, del petróleo no vino a enterarse hasta que llegó a Venezuela. En algún punto de sus peregrinajes vio *Los comisarios* de Héctor Poleo, y con eso se hizo su primera imagen del país. No sonaba muy prometedor, pero era algo. Con sendas cartas de recomendación de Jiménez Velásquez embarca en el "Amerigo Vespucci", un vapor repleto de inmigrantes italianos, en ese mismo 1952. Debí haber viajado en tercera clase, porque contaba que en la noche subía a dormir en la cubierta, buscando un poco de aire. Después descubrió cómo colarse en los botes salvavidas, donde



HELLMUTH STRAKA, ÁLBUM 2, LA GUAJIRA 1944-1957, 2, ARCHIVO FOTOGRAFÍA URBANA

durmió el resto del viaje. El 17 de julio de 1952 ve las costas del que sería, en adelante, su hogar.

Pero al principio las cosas no fueron como esperaba. Jiménez Velásquez, al parecer era primo de un oficial del que entonces probablemente no sabía nada, pero del que muy pronto oiría bastante, Marcos Pérez Jiménez. Sin embargo, esos lazos familiares no le impidieron involucrarse en un intento de golpe fallido. El hecho es que sus cartas ya no sirven para nada. Pero mi papá se entera de eso después. De momento se encuentra en La Guaira solo y sin dinero. Pasa la noche en el puerto, durmiendo a la intemperie. Después celebraría aquello, ya que Jiménez Vázquez lo pensó como instructor del Ejército, y mi papá no quería volver a un cuartel. En el puerto, seguramente pensando en qué sería de su vida, aparece entonces un alemán que, según le contó, había estado en un submarino en el Caribe durante la guerra, lo había hundido, estuvo de prisionero (aunque no me acuerdo si papá decía si fue en Venezuela o en otro sitio), y terminada la guerra decidió quedarse. El alemán le brinda un refresco, lo sube a Caracas y, ya en Catia, le presenta un farmacéuta, también alemán, que lo emplea. Es el inicio de la aventura venezolana.

Contrariamente a lo que había pensado, resultó ser un sitio muy interesante. Aprovechando que en todas partes se necesita mucha mano de obra, comienza a recorrer el país con trabajos temporales: es obrero haciendo el Mercado de Guaicaipuro y una carretera en Pedernales; también es obrero en Jabón Las Llaves, en Puerto Cabello; la gobernación de Apure lo nombra enfermero en El Yagual (algo de enfermería había aprendido en la guerra), y finalmente llega a Maracaibo, donde entra a trabajar en Siemens. Entonces la empresa alemana estaba modernizando la red telefónica en la ciudad, y papá era un intérprete entre los obreros marabinos y los técnicos alemanes, lo que explica que mi papá hablaba un español maracucho lleno de groserías y otras expresiones, que mi mamá logró atemperar. En todos estos viajes está haciendo fotos y elaborando álbumes. Es la época en la que abandona el alfabeto Sütterlin. También comienza a escribir: en periódicos austriacos publica crónicas de la Colonia Tovar y de Apure, que ilustra con sus fotos. Es el destino humboldtiano.

Venezuela lo fascina, pero en Maracaibo en particular lo atrapa el mundo wayúu y las comunidades del Perijá. Encontró por fin un objetivo en que centrarse. Averigua sobre sus cos-

tumbres, hace amistades, incluso llega a enamorarse de una wayúu, se las arregla para aprender rudimentos de su idioma y, sistemáticamente, los fotografa. Comienza a escribir en Panorama y a denunciar los problemas de terrofagia que acosan a los indígenas. Llega a hacerse un nombre, al punto de que en 1961 un terrateniente, especialmente molesto, contrata a un sicario para que lo secuestre y asesine. Lo ocurrido es increíble: mi papá logra convencer al sicario de que no se trata de Hellmuth Straka. El sicario le pide la cédula para confirmarlo. Mi papá se la da, rezando que sea analfabeta. En efecto, lo era y lo deja ir. Fue una suerte extraordinaria, pero es el fin de su vida en su amada Maracaibo. Durante su secuestro Panorama hizo una campaña reclamando su paradero, pero igualmente era peligroso. Años más tardes recogió estas aventuras en su libro *Ocho años entre yucpas y japerías* (1980). Comienza una nueva etapa en la vida venezolana, ahora en Caracas y trabajando en la CANTV (cuando la Siemens terminó sus trabajos en Maracaibo, le ofreció a papá un empleo prometedor, pero él decidió quedarse con la contraparte local).

Sus intereses e investigaciones pasan de la denuncia a lo más científico. Ingres a la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales, comienza a investigar el arte rupestre, las cuevas, a las que tal vez llega por esa vía, y a hacer viajes a otros lugares de América, como Ecuador y Colombia, y a África, como Senegal y Guinea Ecuatorial. Publica trabajos académicos en el boletín de la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales (uno muy importante, "Los petroglifos de Venezuela", de 1975), y hace aportes como el del geoglifo de Chirgua, descubrimiento reconocido por el extinto Instituto de Antropología e Historia de la Universidad Central de Venezuela. En Guinea Ecuatorial hizo el que, tal vez, es su descubrimiento más sonado: la cueva Caracas, a la que bautizó así en homenaje al Cuatricentenario de la ciudad. También se vincula con los rebeldes que estaban luchando por la independencia, regresa a Venezuela creando un comité de apoyo y, cuando finalmente, la obtienen, hace un acto en Caracas y llama a la prensa. El fotolibro reproduce la página de la celebración.

Descubriendo al fotógrafo

A los 47 años mi papá se casó con mi mamá, que entonces tenía diecisiete. Fue entonces cuando compró, casi como regalo sorpresa de boda, la casa de El Tamarindo. Todo el tiempo anterior en Venezuela había vivido en pensio-

nes de inmigrantes. Aquello debió haber dejado boquiabiertos a todos. Algo he oído de amigos y familiares en Austria. Había motivos para esperar lo peor: una muchacha de Barlovento, que vivía en San Agustín del Sur, trabajaba en una fábrica de ropa, treinta años menor!, no auguraba un matrimonio estable. Pero resulta que sí lo fue. Mi hermana y yo nos criamos en una casa prácticamente sin peleas, con padres que se trataban como los novios enamorados del primer día. Después mi mamá me ha contado cuán romántico era papá, hombre de flores, bombones y poemas. Murió diciéndole que la amaba. Venían de dos mundos muy distintos, pero ambos estaban tratando de huir del suyo en la búsqueda del

“
comienza a recorrer el país con trabajos temporales: es obrero haciendo el Mercado de Guaicaipuro y una carretera en Pedernales; también es obrero en Jabón Las Llaves, en Puerto Cabello; la gobernación de Apure lo nombra enfermero en El Yagual (algo de enfermería había aprendido en la guerra), y finalmente llega a Maracaibo, donde entra a trabajar en Siemens”

otro. Así como papá pudo realizarse en los trópicos, dejando atrás las enormes tragedias de Europa, mamá soñó desde niña con que había algo distinto a Barlovento y a San Agustín. Era además, una muchacha de su época, con simpatía por los movimientos de la hora, como la emancipación femenina o la lucha por los derechos civiles en EEUU. Aprendió a amar la ópera, a hablar alemán mejor de lo que admite, y a preparar recetas austriacas. El alemán y la gastronomía lo aprendió con la Dra. Ritter, que si no hubiera sido la gran profesora de idiomas que fue, habría podido montar una de las mejores pastelerías de Caracas. El *Kaffee und Kuchen* en Cotiza, donde vivían los Ritter en una hermosa casa diagonal al Mercado de las Flores, era un ritual extraordinario. Solo lamento haber sido demasiado niño para entender las largas conversaciones con papá (me apena decirlo, pero entonces podía seguir bastante bien lo que hablaban en alemán... mi oído se endureció con los años).

Mi hermana Úrsula y yo conocimos a papá en los últimos años de su vida, cuando ya las aventuras y los viajes habían quedado fundamentalmente atrás. Aún hizo algunas, pero cada vez menos, como se ve en los álbumes, que en esta última etapa ya tienen los comentarios escritos en español. Yo aprendí mucho de lo que acá cuento en largas caminatas con papá, bien en la ciudad (yendo a buscar fotos, por ejemplo), o bien en algunas excursiones pequeñas a las que me llevaba. La tarea de revisar los papeles de papá y sus fotos era una deuda pendiente. Tal vez tenía primero que terminarme de construir a mí mismo. Cada vez que alguien oía alguna anécdota de papá, me pedía, casi me rogaba o a veces me reprochaba, que no escribiera nada sobre él. Algunos lo hicieron, como Rafael Ramón Costallanos o Franco Urbani, pero eran notas, desde su perspectiva. Urbani, por cierto, tuvo la generosidad de colocarme como coautor de su texto. Hace unos años, un alumno de la UCAB, Guillermo Ramos Flamerich, escribió una entrada en Wikipedia. Pero el descubrimiento del fotógrafo se lo debemos a Vasco Szinetar. Hace ya muchos años, cuando nos conocimos en el marco de la Fundación para la Cultura Urbana, le bastó oír un par de cosas para preguntarme si mi papá había hecho fotos. Un montón, debí haberle dicho. A partir de ese momento no cejó hasta verlas, apreciar los álbumes, lograr que ingresara al Archivo de Fotografía Urbana y comenzar a estudiarlo.

(Continúa en la página 4)

FOTOGRAFÍA >> ANTOLOGÍA DE LOS ÁLBUMES DE HELLMUTH STRAKA

Una conversación en Cata

"Hellmuth llegó a la tarde con muy poco equipaje. Una persona muy accesible, me dio las gracias por haber ofrecido mi casa donde podría quedarse durante su tiempo allí. Me clarificó su propósito de la visita, y me pidió cualquier ayuda que yo le pudiera dar, que ya había vivido en el pueblo por un año. Vino, me dijo, para conocer a la gente y hablar con ellos sobre su vida"

JOHN BERNARD

En 1967 yo había cumplido un año de servicio como voluntario del Cuerpo de Paz en el pueblo costero de Cata, Estado Aragua, Venezuela, cuando un día apareció el presidente de la hacienda a pedirme un favor. Al día siguiente llegaría, me explicó, un señor europeo de Caracas con el fin de visitar a la gente. —¿Sería posible que se alojara con Ud. unos tres o cuatro días?

Yo vivía en una parte de la casa de la antigua hacienda de cacao donde antes lo hicieron los caporales dirigiendo el trabajo de la hacienda, produciendo la valerosa cosecha. Mi respuesta afirmativa me abrió la puerta a una de las experiencias insólitas de mi estadia de dos años en el pueblo de Cata.

Hellmuth llegó a la tarde con muy poco equipaje. Una persona muy accesible, me dio las gracias por haber ofrecido mi casa donde podría quedarse durante su tiempo allí. Me clarificó su propósito de la visita, y me pidió cualquier ayuda que yo le pudiera dar, que ya había vivido en el pueblo por un año. Vino, me dijo, para conocer a la gente y hablar con ellos sobre su vida. Me explicó que lo había hecho así en muchas partes del mundo, especialmente en Suramérica. Siempre me había interesado el estudio de la antropología y Hellmuth, en ese primer encuentro, me confirmó que era un verdadero observador y participante activo en dicha ciencia.

Nuestra conversación duró hasta la hora de la cena y continuó hasta hoy, unos 55 años después. Me contó que en una ocasión había visitado una tribu de indios peruanos, y durante el tiempo que estubo con ellos, un hombre, por algún motivo, mató a otro. El hombre fallecido tenía una esposa y cuatro hijos quienes quedaron sin guía masculino en la familia. Hellmuth explicó que la tribu tenía una solución que acababa con cualquier problema que la ausencia causaría en la familia. El asesino del esposo, desde la hora de su muerte, se encargaría de cuidar a la fa-

milia despojada y así disminuir la tragedia y su lucha diaria.

Había visitado otro pueblito en la Guyana que resolvió el problema que ocurría los fines de semana, cuando los hombres se emborrachaban y muchas veces terminaban peleando. Tenían como comandante de la policía a una mujer grande y gorda que nunca tomaba alcohol. Siempre estaba alerta y lista para enfrentar cualquier desorden que ocurría. Si dos hombres comenzaban a pelear, agarraba a cada uno bajo los tremendos brazos y los arrastraban a su cárcel donde los depositaba para refrescar su actitud.

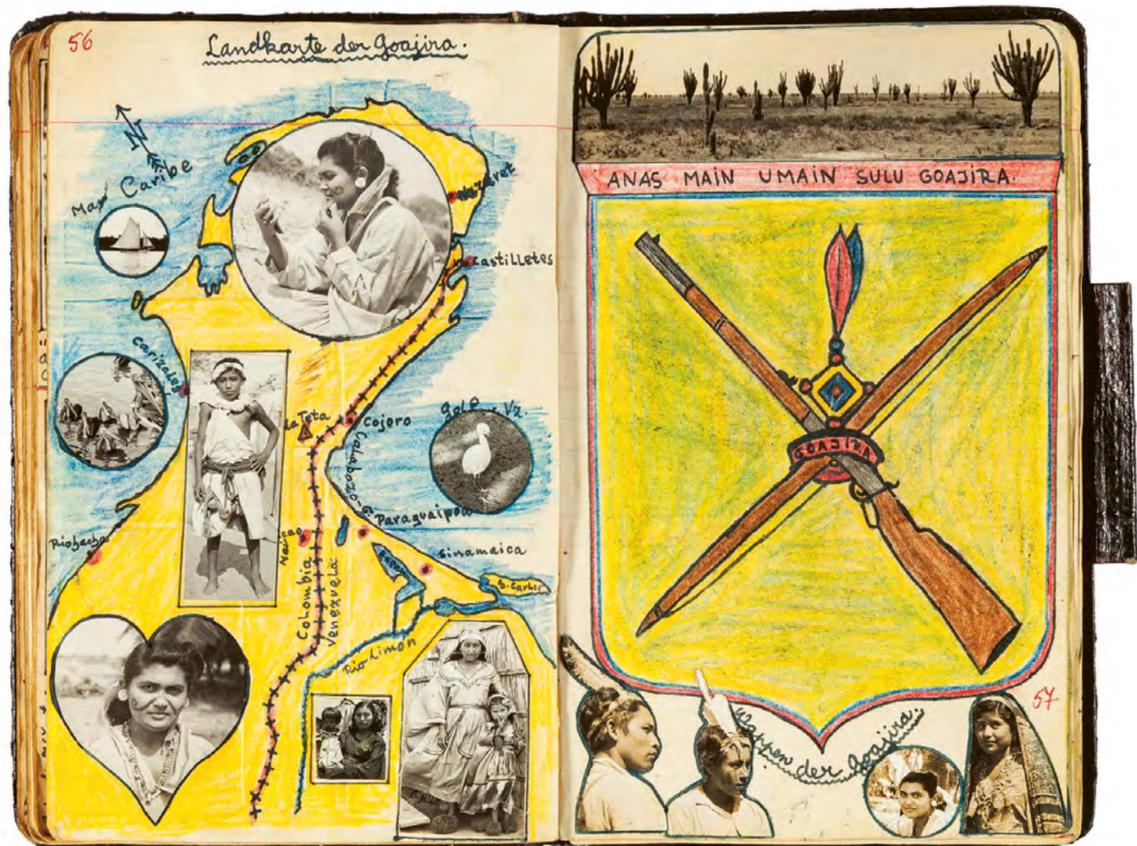
Durante la conversación le comenté que había descubierto algo de interés hacía poco tiempo en un rincón remoto de la hacienda de cacao, en el medio de un arroyo casi seco. Allí descansaba una piedra grande, que yo pensaba eran petroglifos de antiguos habitantes de la región. Yo lo había comentado a personas en el pueblo. La mayoría de ellos no los había visto. Pero los que sí sabían de su existencia, me juraban que eran obras de los españoles que ocuparon la zona durante la conquista. Yo simplemente contestaba en lo afirmativo y guardaba mi sospecha de que eran rasgos de indios que habían habitado la zona muchos años antes de la conquista. Cuando lo mencioné a Hellmuth, no perdió tiempo en decirme que los quería ver.

Al día siguiente después del desayuno, comenzamos el rumbo hacia el arroyo. El camino nos llevó por la selva densa donde mejor crecían las matas que producían el cacao protegidas por la sombra de los inmensos árboles. Pasamos una que otra parcela que cultivaban habitantes del pueblo para su propio uso. Y siempre vigilamos el camino por si acaso veíamos una culebra venenosa llamada mapanare que abundaba en la zona. Después de media hora, el plano comenzó a subir y allí apareció el arroyo con la piedra enorme en el medio que yo había mencionado la noche anterior. Le enseñé a Hellmuth unos rayos claramente esculpidos en ella. Helmuth no perdió tiempo en

aclear la razón de su existencia. Trazó cada línea grabada con una tiza que había traído que las destacó claramente. Me explicó lo siguiente: seguramente fue el brujo de la tribu que hizo las marcas. El brujo siempre se apartaba de la aldea que había establecido la tribu para hacer sus ritos religiosos para el bien de todos. Allí rezaba a varios espíritus para ayudar la tribu. Principalmente, él mantenía contacto con el sol. Trazó con la tiza siguiendo unas rayas esculpidas en la piedra destacando una figura redonda. El sol. Y si esperamos unos minutos, me explicó, cuando sube el sol sobre esa montaña, el primer lugar donde caen los rayos será justamente aquí iluminando su dibujo del sol. Y mira aquí está la luna. Con la tiza siguió el dibujo de la luna con una línea debajo. Y así pasamos el tiempo, Hellmuth trazando dibujos grabados por un indio solitario hace siglos y yo intrigado al escuchar su relato trayendo a la vida la tribu de indios que había habitado este lugar mucho antes que los españoles.

Seguí mi contacto con Helmuth durante unos años, y luego regresé a Estados Unidos en 1978. En él descubrí una persona sumamente interesada en el trayecto de la humanidad y los pasos que tomaron que ya quedan grabados en piedra. Conservo hasta hoy día el recuerdo de Hellmuth como una de las personas más influyentes de mi vida. ☉

“Y así pasamos el tiempo, Hellmuth trazando dibujos grabados por un indio solitario hace siglos y yo intrigado al escuchar su relato



La Venezuela de Hellmuth

"Sería poco decir que su casa se parecía a un museo. No, su casa era un verdadero museo, acaso uno de los más documentados del país"

PAUL ROUCHE

Cuando conocí a Hellmuth Straka, allá por el año 1982, descubrí a otra Venezuela, la Venezuela de Hellmuth, que no es el mismo país por el cual los demás transitamos todos los días. No, definitivamente era otro país, desconocido por la gran mayoría de nosotros. Era la Venezuela lejana, la de los montes perdidos, de los valles extraviados y de los pueblos desaparecidos que Hellmuth había recorrido y sabía resucitar con sus relatos en un español matizado de acento germánico. Con ellos, se revelaban unas aldeas guajiras donde había permanecido, caseríos remotos en ignotas montañas donde había trabado amistades con campesinos de genuinas tradiciones autóctonas, que se deleitaban interpretando o relacionando con hábitos antiguos heredados de las culturas europeas o indígenas.

Sería poco decir que su casa se parecía a un museo. No, su casa era un verdadero museo, acaso uno de los más documentados del país, entre los cuales recuerdo armas caseras de cacería, cachimbos, piedras de moler, flechas, herramientas y acompañaba cada objeto dispuesto en vitrinas o armarios de un sinfín de recuerdos no menos insólitos que los objetos: largas caminatas para alcanzar un petroglifo; cuevas donde, en una oportunidad, lo sorprendió un cunaguaro, no menos espantado que él; clavos antiguos descubiertos en algún fortín; agua posma de los charcos para no morir de sed y, en lo intrincado de la vertiente norte del Ávila, el mausoleo de Knoche donde, debido a las dificultades para alcanzarlo, tu-

vo que pernoctar y acomodarse en el sarcófago después de sacar el cuerpo momificado.

Todo lo consignaba en cuadernos escolares y muchos de sus apuntes fueron publicados en revistas especializadas. Hellmuth era polifacético y fungió alternativamente como intérprete, antropólogo, viajero aventurero (participó en la independencia de la Guinea española de la cual fue nombrado cónsul honorario en Venezuela), explorador, cronista y arqueólogo.

No estoy muy seguro de que hubiese desarrollado su pasión por la arqueología antes de llegar a Venezuela, pero es muy cierto que fue aquí donde le dio rienda suelta y se desató esta como su mayor motivo existencial. No era una simple pasión, era una especie de embrujamiento por las piedras viejas, los objetos antiguos, las herramientas autóctonas y cuantos documentos se hubieran publicado sobre el tema y esto se percibía cuando hablaba de ellos con una especie de fervor, hasta de fiebre, que hacían sentir el peso que tenían estos campos de conocimiento en su vida. Esta pasión la supo comunicar a su esposa, Luisa, en quien se complacía en identificar una auténtica descendiente afrocaribeña, y a sus dos hijos, Úrsula y, en especial, Tomás Straka, hoy día historiador y cronista de reconocida trayectoria, director de los estudios de postgrado de Historia en la UCAB e individuo de número de la Academia Nacional de la Historia. No cabe duda de que la semilla de estudios y de indagaciones que trajo Hellmuth de Austria supo dar, con creces, sus flores y sus frutos en Venezuela. ☉

Los álbumes de papá

(Viene de la página 3)

A todos nos sorprendió lo que Vasco comenzó a ver con su ojo avezado: mi papá siempre revelaba las fotografías en tamaños muy pequeños e, incluso, las recortaba para ajustarlas al diseño de sus álbumes. Vasco las imprimió en otro tamaño, demostrando todo el arte que hay en ellas. Desde entonces ha sido co-

mo una especie de predicador con la buena nueva de mi padre. Poco a poco me estoy convirtiendo en "el hijo del fotógrafo" (tal vez me llamarían así en los fotoestudios a los que iba con papá). Vasco primero convirtió a Herman Sifontes y a Diana López, que aceptaron incorporar el archivo fotográfico de papá a la colección del Archivo Fotografía Urbana. Después la prédica de Vasco fue convirtiéndose a otros. Así, por ejemplo, cuando se cumplían los cien años de su nacimiento, ya Nelson Rivera me pidió hacer un dossier en *Papel Literario*. Por varias razones, todas atribuibles a mis trabajos y mis días, no pudo hacerse el dossier entonces. Debo admitir que para mí mismo fue un



trabajo de investigación ir desentrañando al personaje que fue mi padre. Del mismo modo, no ha sido sencillo organizar muchos hechos, algunos de los cuales había oído, pero la mayor parte no, de sus papeles. Fue también un trabajo de introspección. No es lo mismo delinear la historia de un tercero, que la de uno propio. La primera versión de estas notas puede ser la base de un libro, que ya ha ido tomando forma. Hacía falta más comprensión para hacer la síntesis. Pero era algo que tenía pendiente y un acto de justicia que debía hacer.

Pero llegó el libro y ya no se le puede dar más largas al asunto. Es el momento para volver sobre sus papeles,

sus artículos, sus fotos, sobre su vida que es en gran parte la mía, la de mi mamá y la de mi hermana. Aquellos días en El Tamarindo, papá emborrachado por horas en sus álbumes, los cuentos que echó y escribió, los que fui descifrando después, todo esto queda ahora, a disposición del arte y la sociedad, gracias al pleno ingreso de mi papá a la república de los fotógrafos. Es lo que estas páginas han intentado delinear. ¡Gracias Vasco por tu predicación! ☉

*Hellmuth Straka. PhotoBolsillo, La Fábrica y Archivo de Fotografía Urbana. Comisarios: Horacio Fernández y Vasco Szinetar. Introducción: Horacio Fernández. Cronología: Lucía Jiménez. España, 2024.

ENSAYO >> BALZA, VIII PREMIO INTERNACIONAL DE ENSAYO PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Balza, una topología

"En su topología literaria, Balza-Möbius teje, nos entreteje. Capas de tiempos y espacios yuxtapuestos, con las que nos sumerge, en ese espacio de lo inconsciente donde los sueños se van formando en alas de metáforas y metonimias. Lo vemos tangible en *Un hombre mira(n)do*"

JOHNNY GAVLOVSKI

Alguna vez intuí que escribir es proseguir con las aguas o devolverlas hacia orígenes ignotos...¹
J. Balza

I. Introducción al hombre que vino del Delta

La fuerza del agua llega hasta la desembocadura en el océano. Ahí lo conocido se une con la inmensidad. Ahí los nombres desaparecen: no más Yoicoima, ni Barima, ni Orinoco. Todo se diluye en la vastedad líquida.

Previo a ello, el paisaje sabe de la fuerza de los caudales, y se esfuerza en detenerlos, interponiendo diques al portentoso empuje de los ríos. Islas y caños que soportan los cauces milenarios: Borojo, Bongo, Capure, Cocuina, Curiapo, Tórtola y Macareo, Guara y Barco. Los nombres soportan aún los dialectos warao y barrancas, o las denominaciones posibles que escucharán los habitantes a conquistadores españoles o al temible Sir Walter Raleigh: Isla del Medio, Las Islitas, Misteriosa, Remolinos y la Remediadora.

Nombres y caños, tantos, como tantas han sido las leyendas que entre esos tejidos naturales se entremezclan. Bagres, camarones, caimanes, caribes y cachamas en el agua. Chigüires, manatíes, nutrias, jaguares y monos en la tierra. Gabanes, tucanes y guacamayas, bajo el manto del cielo; y en el movimiento ágil, sigiloso, el lirio de agua se agita y los manglares se estremecen.

El paisaje del delta es generoso: ahí también podemos contar una, dos, treinta, cien, quinientas, setecientas palmeras plantadas en el mismo suelo, en el mismo lugar, bajo el mismo cielo donde llegaron un día, según cuentan, los warao o kotoch o chavin. No importan cómo los llamen o cómo fueron llamados: son los mismos, también fueron plantados en el mismo lugar. Llegaron huyendo, al desierto de agua. Se encontraron con miradas en rostros que no sabían si eran como ellos o no, que hablaban lenguas diferentes y venían de más allá de donde la línea del mar ahogaba su propio nombre. Ahí llegaron otros que se plantaron también en el mismo lugar, con su sangre, y sus palabras, y sus carnes, y huesos, y sus formas de vivir, y entender que vida también se diluye, hundiéndose en la tierra pantanosa, y seca; y así, algún día, la sangre se volvió negra, espesa. Entonces, vinieron otros (los nuevos nacidos, los de tierra adentro) con sus oficinas, sus máquinas, sus ruidos, y las aves huirán. Los restos de los tiempos surgieron de nuevo, con una fuerza extraordinaria a la superficie, y en Manamo surgió la industria petrolera, y el pasado, y las miradas, y la identidad, mutó en el giro del propio eje milenario.

Tal es la obra de José Balza, palimpsesto, transformación constante, ejercicios narrativos líquidos, que fluyen, se transforman, sin cesar de reescribirse. Lo vemos desde sus primeras novelas *Marzo anterior* y *Largo*, en sus crónicas y ensayos.

Ríos de letras que fluyen hasta nuestros días, pródigo en relatos e imágenes, otorgándonos un aporte invaluable a la literatura y al análisis cultural, tal como reza el veredicto del VIII Premio Internacional "Pedro Henríquez

Ureña" conferido el pasado 2023.

II. Topolittera, una propuesta

En el discurso que José Balza diera para tal ocasión, hay un extracto que llama la atención:

"El ensayo ve simultáneamente hacia el pasado y el porvenir; de otra forma no podría existir (...) es Cervantes Saavedra, pero también lo son mundos olvidados, reconditos, futuros".

A partir de esa declaración, no podemos dejar de revisar página por página de sus *Ensayos para interrumpir*, que la Academia Mexicana de la Lengua publicara en ocasión al referido premio, así como a la reciente edición de sus ejercicios narrativos *Un hombre mira(n)do*.

Sea los escritores que desgrana en la primera obra, o las historias que entreteje en la segunda, ahí está la mirada de Balza, recordándonos al *flâneur* de Benjamín. La diferencia es que a nuestro autor lo aventura su formación como psicólogo, así como la agudeza de artista; con las cuales, logra las torciones necesarias en la banda de Möbius de sus personajes (reales o ficticios), haciendo de lo íntimo, la cara más visible, y al mismo tiempo, dirigiendo lo exterior, hacia la más profunda interioridad.

En la misma disertación, afirma: "Todo ensayista es un mundo conceptual". Nos preguntamos si acaso es esto una declaración de principios con la cual pudiéramos hablar de una topología balziana, o mejor aún, una *topolittera*, no solo por la capacidad del autor de plantear distintas estructuras a partir de torsiones narrativas en sus escritos; sino también, para hacer honor al juego que Balza realiza con la condensación de palabras y sus significados. Esto no puede ser considerado una tendencia a la construcción de neologismos, sino como un *witz*, formación de lo inconsciente que media entre el sentido y la ausencia de este, salida ingeniosa contra la falta-en-ser que amenaza con aniquilar a un creador.

Balza posee el *savoir-faire de l'artisan*, que encuentra términos como colores que no existen en diccionarios, ni en catálogos; y, sin embargo, ahí están, por ejemplo, el color retrasado en su análisis de la obra de Jesús Soto. Lo entenderán pronto, aquellos que conservan los tonos del Orinoco en la mirada.

En su topología literaria, Balza-Möbius teje, nos entreteje. Capas de tiempos y espacios yuxtapuestos, con las que nos sumerge, en ese espacio de lo inconsciente donde los sueños se van formando en alas de metáforas y metonimias. Lo vemos tangible en *Un hombre mira(n)do*:

"Amanecía y fui lanzado violentamente contra una pared, que está hecha con cáscaras de huevo (...) aunque al comienzo me pareció vertical. El impacto hace que en ellas queden atrapadas mis manos, trato de separarlas, gesticular, y entonces también los brazos van quedando adentro. Sin advertirlo, penetro"².

Como si la fuerza de la descripción no fuera suficiente para la inmersión subjetiva del lector, basta buscar otro relato en *Un hombre mira(n)do* para ser eyectados a una exterioridad no menos compleja, donde ser y ambiente se tornan uno, como solo puede narrarlo un



JOSÉ BALZA / ©VASCO SZINETAR

hombre que vino del agua y la selva:

"Han pasado casi setenta años. El antifaz verde fue mi señal secreta de pertenecer a un reino propio. A medias entre ser vegetal, pez terreno, zona de claridad estelar, sombra, tierra, muchacho y hombre, agua: cuanto lo imaginario pudiera fortalecer en mis gestos simples, carentes de significados"³.

En este interjuego de palabras, encontramos símbolos e imágenes permutables, dilatadas, contraídas, desplegadas en toda la gama de su significación, donde puntos diversos coinciden, mientras la figura del autor permanece en toda su dimensión topológica.

No es de extrañar en un heredero de Montaigne, que no busca pruebas lógicas o rigurosas de un tema, sino sostener "la expectación con que atiende el momento, la realidad o el mundo"⁴, conduciéndolo a una ampliación conceptual, a una profundización en esa mirada sobre el mundo que habita. Así, entreverando, describe:

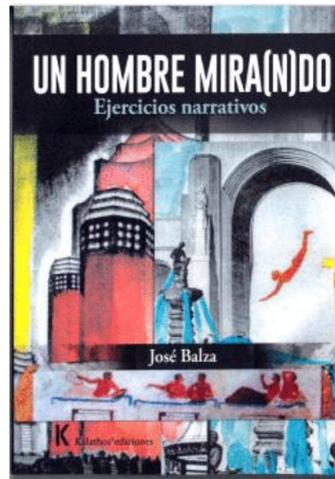
"Si observamos a Venezuela como a un objeto imaginario podremos vislumbrar en él la ágil forma de una cesta: elaborada esta con fibras, palmas, raíces finas y poderosas, es capaz de sostener pesadas cargas de peces, no menos fuertes frutos de cortezas duras o suaves, animales y niños. Puede, asimismo, guardar y proteger sustancias por largo tiempo, así como contener materias oleaginosas, piedras de diversos calibres, arcilla; pero deja escapar la sutileza del agua, de la arena delgada y la atraviesa el aire incesante. En su resistencia y su maleabilidad se mueven los múltiples polos de su estructura. Este concepto imaginario equivale también a una metáfora humana, psíquica"⁵.

Así encontramos a un Balza, que no es ajeno a la propuesta de Friedrich Hundertwasser cuando planteaba nuestra constitución en cinco pieles, (piel, vestimenta, hogar, país, naturaleza); pero nuestro autor va más allá, formalizando la topología de nuestra identidad a través de los sentidos: texturas, peso, permanencia y transitoriedad, como el agua..., el agua misma que nos constituye.

III. Balza, el encuentro con lo insondable

*El deslumbrante paisaje del delta también puede parecer una superficie, como la escritura*⁶.

A pesar de la fuerza del caudal, el Orinoco termina disolviéndose en el océano. De igual manera, hay algo en la vida que de pronto, se disuelve, en la



profundidad de algo infinito. Pero ello no implica el fin, sino un cambio de dirección, de semblante, sostenido en un flujo perpetuo.

En este sentido, Balza es aristotélico. Somos movimiento bajo la mirada de la diosa Fortuna (*Thyché*). En la perspectiva del filósofo griego, dicha Tuch va de la mano del pensamiento (*dianoia*) dada su posibilidad de hacer elecciones. Sin embargo, esta no la hace capaz de inteligencia, la cual es del orden de lo que siempre sucede. Por el contrario, fortuna siempre aparece en su dimensión accidental, insondable (adhloV) a través del acontecimiento.

Lo abrupto de este emerge en algunos de los relatos del escritor del delta, confrontándonos con la dimensión de lo inescrutable. Por más que quisiéramos rebelarnos ante ello, no podemos. Tuch está ahí, imperturbable, bordeando la incapacidad de ser simbolizada, golpeando nuestro cuerpo.

Somos Orfeos rotos: escultores de nuestros propios monumentos, tratando de asir el tiempo que se escapa: "El dueño de la tumba ha querido que sus ojos concentren el ardor, el deseo, la tensión eterna del infinito amor (...) dios humano y común, solo único por la imagen que lo captura"⁷.

Y sé que es así. Ocurrió a este narrador en el arduo camino para hacer llegar a Balza dos ejemplares de sus *Ensayos para interrumpir*. Mimos sonreía en cada desvío insoportable, desde Ciudad de México hasta Caracas. Cuando al fin los recibo, gracias a la inquebrantable artista Marta Zarack, llamo al autor. Balza me da una dirección, confiando en mi sentido de la orientación.

Por supuesto, me pierdo en el laberinto de calles. Entonces tomo el teléfono. Lo llamo. Él dice: "Sube la cuesta, sabrás que llegaste cuando te encuentres con la gran Ceiba". "Maestro" —le digo— "la botánica no es mi fuerte". Balza me

replica: "Busque la gran ceiba".

Repentina, Thyché aparece a mi izquierda; y ahí está. La veo en todo su esplendor: alta, de tallo esbelto, con su gran copa, sus ramas llenas de hojas y espinas cónicas, sus gruesas raíces levantando el pavimento. "Estoy frente a la ceiba", murmuro. La sonrisa de Balza me llega con las últimas indicaciones. Por fin, consigo el domicilio.

Bajo del carro. Espero que él llegue para hacerme pasar, pero de nuevo, como siempre, hay un evento que cierra los puntos suspensivos frente a nosotros: ahí estoy yo, frente a él. Sostengo los volúmenes premiados entre mis manos, pero no se los entrego. Un recuerdo desgarró el momento. Los edificios al frente fueron el espacio de encuentro con aquella adolescente frágil que impactó mi vida en una juventud ya lejana.

Balza me mira. Al igual que en uno de sus relatos, estoy en un espacio "donde se acumulan —por momentos en orden, como capas gaseosas— los materiales del sueño"⁸. Él lo sabe. En silencio, me devuelve al presente. Y de nuevo, una vez más, el recuerdo de unas líneas suyas me sirve de soporte: "Te amaré en tu cuerpo, no en mi pensamiento. Estaré siempre dispuesto a recibirte y a no sufrir cuando desaparezcas"⁹.

—Ahí tienes otra historia —me dice. —Nunca la contaré —le respondo. Balza hace una pausa. Luego dice, y yo comprendo: "¿Por qué no? Para un escritor no existe testimonio sin ficción".

¡Momento de interrumpir! ☪

- 1 Balza, José: extracto de <https://prodavinci.com/discurso-de-recepcion-del-viii-premio-internacional-pedro-henriquez-urena/>
- 2 Balza, José: *Cuentos, ejercicios narrativos*, Paréntesis Editores, Sevilla, España, 2012. Reeditado en *Un hombre mira(n)do*. Kalathos ediciones. Madrid, 2023. Pág 89
- 3 Balza, José: "El antifaz verde" en *Un hombre mira(n)do*. Kalathos ediciones. Madrid, 2023. Op cit. Pág 10
- 4 Balza, José: *Ensayos para interrumpir*. Academia Mexicana de la Lengua, 2023. Pág. 370
- 5 Op cit. Pág 357
- 6 <https://prodavinci.com/discurso-de-recepcion-del-viii-premio-internacional-pedro-henriquez-urena/>
- 7 Balza, José: "Mille volte il dí moro, e mille nasco" en *Un hombre mira(n)do*. Kalathos ediciones. Madrid, 2023. Pág 115
- 8 Balza, José: Balza, José: "Del día hacia la madrugada" Op cit.
- 9 "Certeza", *Playb*, Fundación para la Cultura Urbana, Caracas, 2016. Reeditado en *Un hombre mira(n)do*. Kalathos ediciones. Madrid, 2023. Pág 81

Judit Gerendas nació en Hungría (1940) y llegó a Venezuela en 1948. Fue narradora, compiladora y autora de diversos estudios y monografías. En 1996 resultó ganadora del Concurso de Cuentos de El Nacional. Profesora titular asociada en la Escuela de Letras de la UCV

GISELA KOZAK ROVERO

La Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela es el lugar que cobijó mi vida adulta desde 1982 hasta 2017. La joven de dieciocho años que había fracasado en su aspiración de convertirse en científica siguió, por fortuna, su verdadera vocación y se inscribió en la Escuela de Letras, al precio –siempre hay uno– de interrogarse por el sentido de una carrera que exigía poco en comparación con los rigurosos estudios tecno-científicos. Disfrutaba mucho mis cursos, en los términos de un maravilloso camino personal sin pretensión alguna en terrenos profesionales, aunque sin duda preocupada por mi futuro. El amor no busca justificaciones, incluso en el caso de una joven sin dinero ni relaciones, y yo amaba la escuela así se me dijera que me iba a morir de hambre. En este contexto, entre estimulante y preocupante, tomé un seminario sobre Antonio Gramsci con quien llegaría a ser una figura central en mi vida: Judit Gerendas (1940-2024). A partir de este seminario, mi carrera empezó a ser carrera profesional.

Tenía familiaridad con el marxismo por mis lecturas de los textos más populares de Marx, el manifiesto en especial, y por los inefables y ramploes manuales de Martha Harnecker. Por fortuna, Judit sí conocía en serio el pensamiento del alemán, bastante útil como gimnasia del pensamiento porque invitaba a pensar el mundo estableciendo relaciones que no parecían evidentes en primera instancia. Además, Marx, central en pensamiento contemporáneo, es imposible de esquivar (lo cual es muy diferente a ser marxista o creerse las exaltaciones panfletarias del manifiesto). El marxismo enseñado por Gerendas me libró de Marx; ella siempre insistía en que las teorías morían al ahorcar la literatura y, por sobre todo, al ahorcar la vida. En aquel seminario, leí a Gramsci desde una mirada juvenil fascinada con el redescubrimiento de lo que en aquella época se denominaba subliteratura. Por supuesto, la vasta cultura literaria de Judit impedía complacencia alguna: una lectora de Proust como ella jamás calificó la literatura de ideología porque estaba convencida del valor del arte y la literatura de cara a la sociedad. Desde el presente me llama la atención que prefiriera a teóricos como Pierre Macherey, cuya prosa agreste todavía me causa impresión, que a Walter Benjamin, el más perdurable de los teóricos inspirados en el marxismo, además de Gramsci, hoy leído, valga la digresión, por la derecha francesa ansiosa de construir una nueva hegemonía. Es que, a pesar de su vena crítica y revisionista, vocabulario del marxismo al uso, Judit prefería en los años ochenta el rigor (demasiado rigor) de gente como Louis Althusser, Edmond Cross y Karel Kosik, por no hablar de su connacional Georgy Lukács.

Los seminarios de Judit Gerendas convocaban a un gran número de alumnos en el contexto de radicales diferencias entre profesores y estu-

MEMORIA >> JUDIT GERENDAS (1940-2024)

Sin despedidas: Judit Gerendas



JUDIT GERENDAS / ARCHIVO

diantes sobre la literatura, la crítica y la enseñanza en la Escuela de Letras. Hoy veo aquellas diferencias con el afecto de quien descubre que le daba una enorme importancia a algo que el tiempo borró para siempre. En estos momentos, en los que la Escuela funciona –como el resto de la Universidad Central de Venezuela– con la donación del trabajo profesoral. La antigua rivalidad entre Judit Gerendas y María Fernanda Palacios, en la que tomé partido por la primera, demuestra que hace cuarenta años la vida permitía estos juegos de poder con tintes intelectuales reales y profundos. Se trataba de maneras de ver el mundo y su relación con la literatura de una riqueza que honra a todas las partes involucradas –en especial a Judit y a María Fernanda– más allá de las pequeñeces del día a día universitario.

A diferencia de otros cursos de Letras, centrados en la palabra del docente, en los de Judit se consideraba vital e irrenunciable la participación; era emocionante verla anotar lo que decíamos con observaciones el margen que señalaban la (im) pertinencia de nuestras palabras. Aquellos intercambios, que luego ella recapitulaba con cierres iluminadores y definitivos, cuentan entre las mejores experiencias intelectuales de mi vida. Judit me formó en el interés por la teoría literaria y cultural, lo cual le agradezco, menos por las implicaciones políticas del latinoamericanismo orientado hacia la izquierda antiliberal, que por la fascinante aventura de leer a pensadores que me abrieron una escala de visión que incluía la literatura, el mercado editorial, la historia, la política y la economía, como en el caso de Ángel Rama. Mi tesis de grado, en coautoría con Mariana Tovar, *Aproximaciones a la crítica literaria latinoamericana actual* (1986), contó con su dirección; me reía de sus observaciones, de los signos de admiración e interrogación con las que señalaba nuestras medidas de pata. Aprendí con la tesis un modo de trabajar y pensar, la marca de una verdadera maestra. También compartimos el interés en participar en la transformación del pènsium de Letras, la cual tomó veinte años para que finalmente llegase a puerto en 2006.

Su libro *El fósforo cautivo. Literatura latinoamericana y autodeterminación* (1992) atestigüa que seguía la utopía con el entusiasmo de quien se

sabe al margen de las tendencias de su entorno, pero participa de un ámbito cultural que trasciende el propio trayecto vital. Este libro está impregnado de las clases de Judit, de su interés en escritores vinculados con la tradición emancipatoria de la modernidad en versión latinoamericana (César Vallejo, Rodolfo Walsh, José María Arguedas, João Guimarães Rosa, José Martí). A despecho de ella misma, esta visión tan política de la crítica literaria, en su caso atravesada por una verdadera preocupación estética, ganó la partida con estudios culturales, entre otras tendencias críticas. Judit no recibió bien la emergencia de estos y la caída del mundo socialista, eventos que convergieron en una decepción que la llevó al ensayismo de una gran lectora de literatura, despegada de cualquier corré teórico, y también a los terrenos de la ficción, punto que tocaré más adelante.

Resultaba curioso que mi maestra fuese comunista a pesar de lo ocurrido en su país natal, Hungría, invadido por la Unión Soviética en 1956. La apasionada lectora de Kafka y Proust siempre fue crítica con la burocracia del llamado “socialismo real” y nos advertía respecto al afán policial del estalinismo. Resuenan en mis oídos las carcajadas con las que celebrábamos la narración de su fracasado intento de asentarse en Hungría con sus hijos Eduardo e Iván: la comunista no se avino con el comunismo, típica circunstancia de los marxistas críticos que viven en democracias liberales. Por qué una mujer tan amante de la belleza, la justicia y el placer admiraba a la Unión Soviética es una incógnita que se despeja en los noventa durante las largas conversaciones entre copas y comida en las tascas de la avenida Solano. Me advertía sobre el fascismo húngaro y sobre un mundo en el que la injusticia podría imponerse sin ningún contrapeso. No obstante, Judit entendía por qué el comunismo había sido barrido con una rapidez que dejó con la boca abierta hasta a sus más encontrados enemigos: había incumplido su promesa emancipatoria. Sus tías en Hungría eran unas muchachas cuando el país se hizo socialista y unas mujeres mayores cuando cayó en pedazos. Nada más duro y triste.

Judit siempre fue una apasionada del pensamiento de Freud, como tanta gente de su generación que mezcló el marxismo con el psicoanálisis.

Ella misma comentaba, no sin ironía, que sus contradicciones respondían a la lógica freudiana, manifestaciones de una psique que tuvo que reconstruirse a partir de la experiencia migratoria, dejando muy modernamente atrás cualquier atisbo de convencionalismo e incluso un origen judío con un apellido “impronunciable”, según decía una hablante impecable del húngaro como ella. Participó en el movimiento de guerrilla urbana de los años sesenta; nunca se casó y tuvo una relación de convivencia de décadas con Carlos Maiza, el padre de sus hijos; no se sometió a la disciplina partidista luego de su experiencia juvenil aunque siguió siendo marxista hasta los noventa, sin abandonarlo del todo el resto de su vida; tenía una gran apertura respecto a estilos de vida, entre ellos el mío, el de una joven lesbiana; su lealtad con sus amigos era absoluta y sin declararse feminista lo era de corazón. Sus alumnas fuimos aupadas para que llegáramos lejos; de hecho, me quiso de un modo que hacía decir a mi madre que Judit era su socia en el nada fácil proyecto de sacarme adelante en mi juventud.

Retraída y excesivamente cautelosa, podía equivocarse en la apreciación de las circunstancias que la rodeaban. El espíritu antisistema la hacía sospechar de todo poder e institución y su carácter imbuido de la subjetividad moderna –soberanísima– la hizo tomar decisiones tal vez inadecuadas a la larga como jubilarse temprano o desconfiar siempre de quienes no eran débiles, marginados o iconoclastas. Quería el éxito tanto como lo despreciaba, por lo que la falta de respuesta ante su trabajo crítico y literario la afectó. Su libro de cuentos *Volando libremente* y su novela *La balada del bajista* son estupendos textos, pero Judit olvidaba que vivíamos en un entorno displicente con la producción literaria de las mujeres y que su postura equidistante entre chavistas y opositores no la ayudaba para nada. Nunca fue chavista aunque votó por Hugo Chávez, como la mitad del profesorado de la Escuela de Letras; tampoco comulgó con las acciones opositoras, una equivocación política de mi maestra. Sus principios y valores eran compatibles con la lucha por la democracia, pero ya había dejado atrás demasiadas cosas como para despedirse para siempre de las ideas que la acompañaron tanto tiempo. Además, su familia apoya-

ba la revolución y ella era demasiado leal a su gente. La política nos separó sin pelea, apenas con la discreción del afecto del pasado que siempre perduró, a pesar de todo.

La lucidez nunca la abandonó, siempre impaciente con la realidad, siempre leal a su clan, del que formé parte mucho tiempo. Le debo a mi maestra el haber ganado premios literarios y de investigación siguiendo su rigor y su cuidado en la escritura; la pasión literaria sin fronteras geográficas; el haber sido fiel a mí misma con todos los innumerables inconvenientes que me ha traído. Soy una loba esteparia al igual que ella, aunque las exigencias que me ha puesto la vida me han obligado a transitar por caminos que tal vez hubiese evitado de haber tenido una existencia más favorable material, psíquica y políticamente. Comparto con Florence Montero, la actual directora de la Escuela de Letras, el haber sido señalada con la guía de Judit Gerendas, siempre a contracorriente, con una honestidad y un desprendimiento del que sabemos sus numerosos tesisas, su familia y sus amistades. La crítica le debe su estudio detenido de la literatura venezolana; la Escuela de Letras el haber formado como tutora de tesis a varios de sus docentes destacados, llevar a buen puerto a decenas de tesisas, sus cursos con innovaciones teóricas y la preocupación por el rigor y la formación del estudiantado; la narrativa venezolana, textos con un agudo sentido de la forma literaria. Ojalá vengan tiempos mejores para el ejercicio de la gratitud intelectual que permitan la compilación de tantas páginas regadas en publicaciones periódicas.

Esto no es una despedida, de los verdaderos maestros nadie se despide. Estamos otra vez oyendo a Daniel Barenboim en la sala Ríos Reyna, en el Complejo Cultural Teresa Carreño; felices en un montaje de *Carmen* con plaza de toros incluida en un Festival Internacional de Teatro; comiendo esa maravilla llamada repollo húngaro; paseando por las calles de Salamanca; llamándonos por teléfono de madrugada en los golpes de Estado. Hasta su disgusto conmigo por mis críticas despiadadas a la izquierda me acompañarán siempre, como sus lecturas de *Todas las lunas* y de *Latidos de Caracas*, con signos de admiración y de interrogación en los márgenes de las páginas, señales de mis medidas de pata. ☺

PUBLICACIÓN >> LA ENCRUCIJADA PELIGROSA, DE EDGARDO MONDOLFI GUDAT

Un López Contreras diferente a lo convencional

La encrucijada peligrosa. López Contreras, Medina Angarita y la Venezuela de los años cuarenta (FCU, 2023) es el más reciente libro publicado por Edgardo Mondolfi Gudat (1964), ensayista, historiador, profesor universitario, editor y diplomático, así como individuo de número de la Academia Nacional de Historia

JOSÉ ALBERTO OLIVAR

De entrada vale acotar que el libro aquí tratado no es un texto biográfico, ni mucho menos un libro más sobre la presidencia del general Eleazar López Contreras. Quienes deseen corroborar sus propias certezas, no hallarán en la voluminosa obra escrita por Edgardo Mondolfi Gudat el menor atisbo de quejumbrosa crónica para eso están los otros libros.

Convengamos, qué tanto sabemos los venezolanos sobre la trayectoria de López Contreras, más allá del manido ritornelo del hombre que “supo esperar su hora” y el gobernante que “sorteó una difícil transición” tras el final de un moribundo dictador. Tal parece que la figura histórica del general López se reduce a unas lacónicas frases que atavían algunas iniciativas de valía como lo fueron el Programa de Febrero y la reducción del período presidencial. Así, podemos percatarnos que luego del larguísimo paréntesis que hay entre 1899 y 1931, López sale de la escena política, tal como entró, por un accidente de la historia. De 1941 hasta 1945, se abre un período salpicado por la comidilla de la política palaciega, al que le sigue un aparente retiro definitivo de la vida pública, apenas interrumpido por el gesto obsequioso de un antiguo enemigo en 1963 y un polémico voto en 1968 con motivo de la elección de la directiva del Senado de la República. Hasta allí, el general López luce escurridizo a los titulares de la prensa. Empero, ¿fue realmente ese el papel que le tocó cumplir? O hay mucho más de fondo.

Quizás la sobredimensión que alcanzó el general Medina Angarita, a propósito del golpe de Estado que lo derrocó el 18 de octubre de 1945, hizo de López Contreras un personaje accesorio. Resulta un lugar común al referirnos a los casi diez años que van de 1936 a 1945, el énfasis en ocasiones interesado en torno al gobierno de Medina y su intempestiva caída. López queda reducido al cliché de un “reaccionario general gomero que solo quería volver al poder”.

Esta muestra de nuestro natural reduccionismo histórico obliga a coger palco y ver con más cuidado no solo los hechos, sino el proceso subyacente.

En esa dirección marcha el contenido del libro intitulado *La encrucijada peligrosa. López Contreras, Medina*

Angarita y la Venezuela de los años cuarenta, publicado por la Fundación de Cultura Urbana (2023), como parte del ambicioso proyecto editorial denominado Siglo XX venezolano, dirigido por Elías Pino Iturrieta.

A manera de clara advertencia, Mondolfi nos indica que quienes por una u otra razón se esmeraron en proteger la figura histórica del general López, no hicieron otra cosa que desdibujarlo muy a pesar del empeño del expresidente de salir al ruedo a defender con la pluma su obra de gobierno y su impronta política. López tenía un agudo sentido histórico desde mucho antes de acceder al poder, sabía muy bien cómo se movían los entresijos de la política y cómo el dedo aleccionador de la historia permea las conductas humanas.

Un valor agregado del libro, que lo hace muy diferente a lo existente en el inventario, es la exhaustiva revisión que el autor hizo del archivo personal de Eleazar López Contreras. Y no porque se tratase de un golpe de buena suerte el haber recibido el visto bueno de los herederos del general andino para auscultar sus papeles privados, sino que, como historiador apegado al rigor de la pesquisa y la hermenéutica, no hipotecó su parecer a la complacencia. Los capítulos que integran la obra, recogen el testimonio no solo de López, sino de tirios y troyanos, reflejada en cartas, esquelas, artículos de opinión, memorandos, entre otros.

Muestra de ello lo refleja el revelador testimonio de un adherente a la causa lopecista en 1945: “Los pedevistas no saben ya qué hacer... Hay una revolución en el país por la candidatura de usted” (p. 353). Lo anterior no es un dato menor, menos si se atina la honda animosidad que comenzaba a tomar cuerpo en las filas contrarias: “Nosotros no desestimamos las fuerzas del oficialismo, esto sería tonto; pero tampoco desestimamos el poder de los grupos que aupán la candidatura de López Contreras” (p. 356). Mondolfi no duda en aseverar que las posibilidades electorales del general López, eran alentadoras. Téngase en cuenta que la elección del presidente de la República según el ordenamiento constitucional de la época, correspondía a los senadores y diputados, aunque en la práctica la voluntad del “gran elector” era moneda corriente. Sin embargo, para 1946, se preveía el riesgo de un deslave en las filas oficiales y que una parte de esas corrientes finalmente encontrarán cauce en la candidatura del ex presidente, muy a pesar del *soft power* que barnizaba el gobierno medinista.

Y aquello provocaba un amargo sabor de boca para quienes se habían deslindado del general López y ahora se arrimaban a la sombra del general Medina. La campaña anti-lopecista que en principio logró distanciar a las dos principales figuras de la estructura de poder imperante desde 1899, conocida como el andinismo, se afinó cuando los partidarios del expresidente comenzaron a usar su nombre para volver a ocupar el puesto en el período 1946-1951. Ante aquella resolución, resultaron infructuosos los intentos de avenimiento iniciales, pues López estaba convencido que Medina había pecado de “inconsecuencia ideológica” al pactar con fuerzas exógenas que en nada o muy poco beneficiaban al país, es decir, los “comunistoides”, tal como los llamaba.

Para López el comunismo era la antítesis de todo lo que él entendía por orden, progreso y patria. Ya lo había puesto de relieve durante su presidencia, en la que desató una furiosa campaña de persecución y destierro contra cualquiera que emanara el tufo marxista-leninista en estas tierras. Más allá de los manejos orquestados desde la esfera internacional, López era un convencido que aquellas alian-

zas circunstanciales producto de la guerra, tarde o temprano se vendrían abajo, razón por la cual era necesario hacer frente a la infiltración comunista.

Tan inmovible postura, iba en contravía a la convivencia sellada entre los partidarios del gobierno de Medina, aglutinados en torno al Partido Democrático Venezolano (PDV) y los comunistas acobijados bajo las siglas de la Unión Popular Venezolana (UPV), hecho que se consideraba importante para asegurar la marcha progresista del medinismo.

De manera que para quienes cultivaban las bondades de esta alianza político-electoral, resultaba necesario, cerrarle el paso al posible retorno de López. No resulta un exabrupto afirmar, que la salida al ruedo electoral del nombre de embajador Diógenes Escalante, amigo y paisano de López, fue una candidatura de laboratorio, muy bien maquinada, para tratar de influir en el ánimo del general, puesto que aquel había atesorado su preferencia con motivo de la elección presidencial de 1941. Medina y Uslar, lo sabían, de allí esa habilidosa jugada. Sin embargo, esta se le vino abajo tras conocerse la inhabilitación mental del candidato oficial.

López no se inmutó, y al momento de aceptar el respaldo a su candidatura a la Presidencia de la República, en un acto público en Caracas, dejó dicha una frase que despertó las alarmas de sus adversarios: “Es preciso que el pueblo venezolano sepa que, en sitio preferente de mi hogar, colgado está un uniforme de campaña, no para admirarlo como reliquia histórica, ni para recuerdo en la ancianidad prematura que me atribuyen mis adversarios sino para utilizarlo como símbolo (...) si fuere necesario, contra cualquier movimiento subversivo” (p. 436).

Por supuesto, la frase fue extraída de contexto, y se le atribuyó al general López, el propósito de llevar al país a un inminente baño de sangre, si no lograba su capricho presiden-

“**López tenía un agudo sentido histórico desde mucho antes de acceder al poder, sabía muy bien cómo se movían los entresijos de la política**”



ELEAZAR LÓPEZ CONTRERAS / ARCHIVO

cialista, cuando en realidad se trató de una clara posición institucionalista de “prestar su concurso personal” para sofocar cualquier cuartelada (pp. 437, 438).

Las cartas quedaron echadas, el gobierno de Medina y la oposición adeísta, prendieron sus alarmas, cada cual comenzó a sacar sus cuentas y acelerar los planes. A la vuelta de unos pocos días un grupo de jóvenes oficiales tiraron la parada que desde hacía tiempo preparaban en el seno del Ejército nacional, todo con la finalidad de desbaratar lo que se suponía tramaba el general López por su lado.

Mas que un golpe contra el presidente Medina Angarita, lo ocurrido el 18 de octubre de 1945, fue una desesperada acción para evitar el regreso de López Contreras al poder. Medina era solo una pieza en el tablero, la indisposición de este a inmiscuirse en operaciones contra el nuevo orden establecido, dice mucho, sobre todo, porque entre 1946 y 1947, el peligro real que amenazó la continuidad del gobierno colegiado entre los militares y Acción Democrática, fue el general López Contreras. Mondolfi, sobre la base de las fuentes primarias que consultó, formula un juicio nada desdeñable: “... la némesis de Betancourt y demás integrantes del elenco octubrista no fue nunca el depuesto presidente Medina sino el viejo general oriundo de Queniquea” (p. 482).

No por nada, el autor del libro, tomaría prestada una expresión del general López, en ocasión de anunciar su disposición de entrar en la justa presidencial prevista a verificarse en las cámaras legislativas. *Una encrucijada peligrosa* fue la que vivió Venezuela aquel año 1945. No era un hecho coyuntural, por el contrario, se trataba de un país profundamente dividido. Por un lado, el estamento militar en la que morigeraban diferencias insalvables entre una joven oficialidad ansiosa por ocupar los puestos de comando que le correspondía por méritos, y una oficialidad superior, anquilosada por el tiempo. Y por el otro lado, una sociedad cada vez más com-

pleja, en la que bullían expresiones organizadas en sindicatos, gremios profesionales y partidos políticos, cada uno defendiendo sus intereses de clase y las creencias ideológicas que los definían. Todo aquello, constituía una absoluta novedad, que suscitaba recelos y en el fondo temores, pues la noción de orden, aprendida “a palos”, se estaba yendo al pique.

El trago amargo que significaría la vuelta a la dictadura a finales de 1948, fue en parte resultado del desasosiego, la inmadurez política de algunos, la ambición desenfundada de otros, en suma, la inexperiencia democrática una sociedad acostumbrada a ser regida por la mano del hombre fuerte y su séquito de adláteres.

Aquel camino sin retorno que siempre trae consigo el enfrentamiento, pareció desdibujar cualquier posibilidad de conciliación. Sin embargo, el epilogo inserto por el autor, pone de relieve un hecho fundamental: más allá de “los resentimientos, rencores y heridas mal restañadas” que aún diez años más tarde –1958– cundían la epidermis política de los venezolanos, hubo la disposición de pasar la página y todos, no solo adecos, copeyanos y urredistas, sino también lopecistas, medinistas e incluso algunos comunistas, “resolvieron acordar entre sí los mínimos comunes necesarios que le dieran sustento a un proyecto de gobernabilidad capaz de evitar la autodepredación y el canibalismo que tan característicos fueron en la década de 1940” (p. 591).

No ha debido ser fácil aquel paso, y como bien atina el autor, “la paz jamás llega sin esfuerzo”, requiere mucha perspicacia, desprendimiento y sobre todo buena voluntad. Los enconados adversarios que en el fondo compartían un ideal común, al fin comprendieron que sí era posible la convivencia en la que el resto del país saldría beneficiado. ☉

**La encrucijada peligrosa. López Contreras, Medina Angarita y la Venezuela de los años cuarenta*. Edgardo Mondolfi Gudat. Fundación para la Cultura Urbana. Venezuela, 2023.

ENTREVISTA >> ESCUELA DE GOBIERNO MERCEDES PULIDO

Francisco Coello: “Hay que despolitizar al sector público, no a los funcionarios”

Francisco Coello es director académico de la Escuela de Gobierno Mercedes Pulido. Es sociólogo, profesor universitario, autor y coautor de varios libros

NELSON RIVERA

¿Existe algo semejante a una “crónica resignación” en la cultura de los asuntos públicos de Venezuela, según la cual la eficiencia es una ambición de la empresa privada y la ineficiencia del sector gubernamental? ¿Es válida la percepción de que el sector público venezolano ha sido, salvo excepciones, históricamente ineficiente?

Hay que decir que el sector público puede llegar a ser eficiente y eficaz siempre y cuando se cumplan algunas condiciones (hay que decir que esto aplica en cualquier país):

1.- Que el Estado se centre en áreas claves (educación, salud, seguridad) y no se disperse en infinidad de asuntos que la condenarán al fracaso.

2.- La acción del Estado debe estar cimentada en grandes consensos, tanto de partidos políticos como de más actores (sociedad civil, empresas, Iglesia, universidades...).

3.- Esos consensos deben incluir algunos pilares (aunque no los únicos) como la meritocracia, el apartidismo (clara separación de Estado y gobierno) y planes de largo alcance (que trasciendan y mantengan un esfuerzo sostenido más allá de los cambios de gobierno).

4.- Incorporar a la sociedad en la resolución de problemas que aborde el sector público (por ejemplo, alianza del Ministerio de Educación con Fe y Alegría para la recuperación de escuelas, aprendizaje de buenas prácticas, financiamiento para aliviar la presión sobre las escuelas públicas y, en general, apoyar las iniciativas educativas privadas con vocación pública, como diría Luis Ugalde). Este modelo podría ser replicado en todas las áreas que son competencia del Estado como ha ocurrido en otros países.

Volviendo al caso de Venezuela, podríamos decir que siempre que se han cumplido las condiciones anteriores el desempeño del Estado venezolano ha alcanzado niveles destacados y meritorios. En otras palabras, no estamos condenados a la “crónica resignación” y es posible disponer de un aparato estatal que haga bien su trabajo y facilite el desempeño privado de los ciudadanos.

Se suelen citar algunos casos de organizaciones del Estado –Petróleos de Venezuela, los primeros tiempos del Metro de Caracas, la Biblioteca Nacional y otras, como casos de eficiencia. Y se los asocia a personas/personalidades: al general Ravard, a José González Lander, a Virginia Betancourt. Como si la eficiencia de las organizaciones dependiese de unas personas y no de la estructura corporativa. ¿Qué puede comentar al respecto?

Sobre los casos que menciona y otros que se podrían citar (Museo de Arte Contemporáneo, Sistema de Orquestas) es muy cierta la presencia de un liderazgo notable. Sin embargo, en dichos casos, los liderazgos y sus logros fueron acompañados por organizaciones que se caracterizaron por



FRANCISCO COELLO NÓBREGA / ARCHIVO

disponer de grupos de profesionales y expertos de alto nivel.

En otras palabras, no existiría, en el caso venezolano, una contradicción entre liderazgo y trabajo en equipo. De hecho, las personas que hemos mencionado fueron líderes de sus respectivos proyectos porque supieron rodearse de personas con un alto sentido de compromiso con el país y gran preparación profesional. No por casualidad, en cualquier texto sobre liderazgo se hace énfasis en que, entre las características de un buen líder está la de saber acompañarse, así como tener la humildad de saber delegar, junto con la capacidad de promover el trabajo en equipo.

Puedo dar testimonio de este fenómeno en la administración pública, pues trabajé por quince años en el Instituto Autónomo Biblioteca Nacional y de Servicios de Bibliotecas (IABNSB). El indiscutible liderazgo de la socióloga Virginia Betancourt fue acompañado por las recomendaciones que comenté en mi respuesta a la primera pregunta, y que se tradujeron en una organización moderna, con equipos de alto desempeño, profesionales muy bien formados y líderes en sus áreas. Esto es algo que se olvida, por razones obvias tiene mayor proyección el líder que está en el tope de la jerarquía, pero en el caso que comento, el IABNSB disponía de profesionales que mostraban liderazgo en las diferentes áreas que conformaban la institución. Y en los otros casos exitosos mencionados podemos encontrar esos liderazgos en diferentes áreas de cada institución, no tan visibles pero que son esenciales para el éxito.

¿Hay antecedentes en Venezuela o en América Latina de organizaciones especializadas en formar personas para los gobiernos y no para las empresas?

• En América latina destacan las siguientes instituciones:

• Escuela de Gobierno Alberto Lleras Camargo (EALC), ubicada en Colombia. Esta institución es reconocida por su enfoque en políticas públicas y administración gubernamental.

• Escuela de Gobierno y Transformación Pública (EGTP). Se encuentra en México y es reconocida por su enfoque en la formación de líderes públicos y la promoción de la innovación en el sector público.

• Escuela de Gobierno y Políticas Públicas (EGPP), en Chile. Destaca por su enfoque interdisciplinario en el estudio y la práctica de políticas públicas.

• Escuela de Gobierno (EG), Perú, es conocida por su enfoque en la gestión pública y la formación de líderes para el servicio público.

• Escuela Nacional de Administración Pública (ENAP), situada en Bra-

sil, esta institución es reconocida por ser una de las principales escuelas de gobierno en América Latina, ofreciendo programas de formación en gestión pública y políticas públicas.

Como puede verse son numerosas y tienen enfoques diferenciados. Demuestra que la calidad de la gestión pública es una preocupación en toda la región.

¿Es compatible la militancia política con la gerencia pública? ¿Se debería exigir a los funcionarios públicos que no pertenezcan a ningún partido político? ¿Es posible despolitizar la administración pública? ¿Es necesario hacerlo?

Lo expresaría de este modo: hay que despolitizar al sector público, pero no a los funcionarios. A fin de cuentas el activismo político o la pertenencia a un partido político es un derecho de cualquier ciudadano.

Para despolitizar el sector público hay que volver al status que teníamos en 1998, donde era posible distinguir el Estado del gobierno de turno, así como la distancia de este con respecto a los otros poderes públicos (Legislativo y Judicial). Está previsto en la ley que hay cargos del gobierno que son de libre nombramiento y son decisión del presidente (ministros, viceministros, presidentes de institutos autónomos, entre otros), pero hasta en esos casos las personas designadas mostraban una trayectoria en el área correspondiente. Hay que indicar que el resto de los cargos del sector público estaban regidos por una Ley de Carrera, que explica que tuviéramos funcionarios que podían desarrollar toda su vida profesional en el sector público.

Esto último permitió que se pudieran dar cambios de gobierno durante 40 años sin que el Estado dejara de funcionar y se mantuvieran políticas de Estado en áreas clave (petróleo, sistema eléctrico, educación, cultura...).

Laboré durante quince años en la administración pública y nunca me pidieron un carnet partidista, aun cuando tenía compañeros que podían tener simpatías e incluso militancia. La despolitización del sector público pasa por la meritocracia, el respeto a las normas que regulan los RRHH y la idea compartida de que el Estado pertenece a la nación. Al contrario de lo que padecemos en la actualidad, donde los poderes públicos del Estado están sometidos a un solo poder (el Ejecutivo) y este, a su vez, es visto como un apéndice del partido en el poder.

¿Qué es una escuela de gobierno? ¿Qué ofrece a sus estudiantes? ¿En qué se diferencia, por ejemplo, de una escuela de gerencia?

La Escuela de Gobierno “Mercedes

Pulido” se centra en la convicción de que cualquier proceso para enfrentar la crisis sistémica que abruma a Venezuela requiere de un Estado modernizado en sus capacidades organizacionales, su diseño institucional y su recurso humano. Sin esta exigencia será inviable cualquier buena intención de relanzar a la nación a un período de progreso, inclusión social y de respeto a los derechos humanos, así como el desempeño de un Estado como aliado de la sociedad y no como un obstáculo.

Es por ello que la Escuela se plantea como objetivo principal constituir y consolidar una instancia que desarrolle actividades de reflexión, formación de recursos humanos y formulación de políticas públicas, programas sociales y de liderazgo.

Es importante hacer énfasis en el tipo de público al que estamos dirigidos, que consiste en activistas políticos, sociales y comunitarios distribuidos por todo el país (nuestros egresados provienen de todas las entidades federales), quienes son el motor de sus organizaciones y que no disponen de ofertas formativas en sus respectivas zonas. Por ello nos hemos enfocado en el uso de clases a distancia, lo que lo hace posible una experiencia más inclusiva y además basada en un modelo donde la capacidad académica está en función de mejorar la incidencia y el impacto social de nuestros egresados.

¿Podría ofrecernos un balance de la gestión de la Escuela hasta ahora?

Hasta el momento se han realizado siete cohortes del programa básico y otras siete cohortes de los programas especializados con profesores de alto nivel de Venezuela, España y Estados Unidos. Se han recibido 7000 postulaciones y luego de un proceso de selección, hemos alcanzado la cifra de 588 egresados.

El programa básico pretende dar una formación integral que atiende las siguientes áreas: Contexto sociopolítico venezolano, Comprensión y defensa de los DDHH, Venezuela en el contexto internacional, Planificación estratégica y control de gestión, Equipos de alto desempeño, Gerencia en situaciones de crisis, Digitalización y gobierno electrónico y Herramientas de comunicación política. En cuanto los contenidos de los cursos especializados se movieron, entre otros, por Estrategia y Comunicación política, Periodismo ciudadano e infocidadanía, Relaciones internacionales en la actualidad.

Desde nuestros inicios hemos realizado eventos presenciales como master class, encuentros de reflexión y análisis con expertos, talleres con nuestros egresados para evaluar temáticas y proponer soluciones. Es

muy largo mencionarlos todos, así que quisiéramos detenernos en el evento “Hablan los candidatos”, un debate que no ocurría desde hacia 13 años en Venezuela, contando con la iniciativa de la Escuela y el apoyo de organizaciones de la sociedad civil, federaciones y movimiento estudiantil. Se logró reunir a los principales candidatos y candidatas para hablarle al país sobre asuntos clave: economía, ruta electoral, crisis humanitaria. El evento se llevó a cabo el 12 de julio de 2023, con la presencia de 700 personas y 244.000 visitas por YouTube a través del canal VPI.

Finalmente la Escuela de Gobierno Mercedes Pulido ha recibido el prestigioso reconocimiento Global Democracy Award con el otorgamiento de un Premio Napolitano de la Academia de Artes y Ciencias Políticas de Washington.

Antes de llegar a la Escuela de Gobierno, ¿qué condiciones debe reunir alguien que aspire a ser funcionario público? ¿Alguna vocación? ¿Es viable en Venezuela, por ejemplo, el modelo de oposición que existe en España? ¿Cómo debería ser un modelo de ingreso a la administración pública, cónsono con las realidades venezolanas?

En cuanto al perfil de los ciudadanos que pueden incorporarse a nuestros programas podemos decir que nos interesan personas que demuestran interés en lo público mediante su trayectoria: activistas políticos que hacen vida en diferentes partidos (hemos tenido militantes de todas las orientaciones), activistas de ONGs, sociedad civil o gremios así como líderes comunitarios que promueven diferentes proyectos y programas.

En cuanto a la forma de ingresar al sector público, hay normativa que rige la función pública, quizás deberíamos revisarla a la luz de los nuevos tiempos (en especial con los aportes de la tecnología de la información). Lo que sí es imprescindible es que se logren consensos políticos y sociales entorno al papel del Estado para despolitizarlo, profesionalizar al funcionario y rescatar la idea inclusiva de que el sector público nos pertenece a todos. Por ello, en Escuela de Gobierno Mercedes Pulido queremos visualizar un proceso de reconstrucción nacional que pasa por tres grandes objetivos:

- Reconstruir la institucionalidad.
- Rescatar y reactivar la economía.
- Diseñar y ejecutar modelos de gobernanzas virtuosos que tengan un impacto positivo en la población.

En esos tres objetivos se requieren funcionarios de carrera que sean capaces de gestionar el Estado como una experiencia de alto nivel profesional, modernización y con la clara idea de que se debe trabajar conjuntamente con la sociedad organizada (gremios, sindicatos, cámaras empresariales, ONGs, Iglesia, universidades, organismos internacionales) porque la solución de todos nuestros problemas está en la sociedad, ha sido pensada por expertos e instituciones a lo largo de los años. Solo falta convocarlas a trabajar en conjunto con el sector público.

¿Puede ser un funcionario público un buen funcionario trabajando para un gobierno que le exige lealtades y conductas políticas?

La dura realidad venezolana ha demostrado que no es viable un Estado partidizado. El resultado ha sido el desmontaje de los avances que tuvimos en la construcción de institucionalidad entre 1958 y 1998. Más aún cuando esa partidización responde a modelos ideológicos que han fracasado en todos los países donde se han intentado imponer, sin importar época o características del país.

(Continúa en la página 9)

ENSAYO >> EDUCACIÓN PARA LA GERENCIA

La importancia de la educación en el pensamiento gerencial venezolano

En 1963 tuvo lugar el Seminario La responsabilidad empresarial en el progreso social de Venezuela, que contribuyó a impulsar numerosas iniciativas de acción social. 60 años después el IESA tomó la iniciativa de preguntar por su proyección hasta hoy y hacia el futuro



FRANK BRICEÑO FORTIQUE Y GUSTAVO ROOSEN, IESA / ARCHIVO

FRANK BRICEÑO FORTIQUE

Nuestro encuentro de hoy, en ocasión de recordar el seminario de Maracay, tiene una triple vertiente. La primera es conmemorar esa reunión celebrada a mediados de 1963 en la que se discutió el papel del empresario en el progreso social de Venezuela.

La segunda es convocar a las nuevas generaciones de empresarios y ejecutivos a seguir el ejemplo de quienes participaron en aquel seminario, y a adaptar sus ideas al contexto de hoy. Desde ya deben pensar en qué hacer para contribuir en forma exponencial con el tan necesario desarrollo social de nuestro país.

La tercera vertiente es presentar este foro como uno de los frutos del trabajo que llevamos a cabo en el proyecto Pensamiento Gerencial Venezolano.

El seminario internacional de ejecutivos efectuado en Maracay fijó una pauta, marcó un hito y sentó precedentes. Aquel seminario reunió a los principales capitanes de empresas nacionales e internacionales junto a sus más altos ejecutivos; también a políticos, educadores, sacerdotes, intelectuales, activistas sociales; venezolanos y extranjeros; todos estudiosos e interesados en la realidad venezolana. En su conjunto formaban un caleidoscopio de ideas, ideologías y pensamientos. Cada quien tenía sus propias ideas sobre el tema de la responsabilidad de la empresa en el progreso social de Venezuela. También había un amplio rango de ideologías, desde el neoliberalismo hasta el intervencionismo estatal o la doctrina social de la Iglesia.

El seminario de Maracay recordaba aquellas reuniones de la Antigüedad clásica en la que los filósofos discutían y defendían apasionadamente

sus creencias políticas y filosóficas. En el seminario de 1963 las discusiones no solo se desenvolvían en larguísima reuniones formales, sino también en conversaciones informales: en desayunos madrugadores, almuerzos, recepciones y cenas. Todos los participantes compartían un denominador común: la importancia de la educación y la salud. Aquella experiencia de búsqueda de consensos es necesario repetirla con la mira en resolver los graves problemas venezolanos de hoy.

Las ideas surgen de las circunstancias. En este sentido, el pensamiento gerencial surgido en Maracay fue el resultado de muchas ideas, iniciativas, inquietudes y experiencias de líderes responsables que analizaron la situación social de aquel momento, propusieron soluciones para mejorarla y se comprometieron a llevarlas a cabo. Fijaron así la pauta que se debía seguir.

¿Qué era lo específico de la responsabilidad social propuesta en el seminario de 1963? La filantropía en Venezuela es de vieja data. La practicaban personas con un profundo compromiso social. De la segunda mitad del siglo XIX hay varios ejemplos que me alargaría muchísimo si los nombrara; muchos de ellos están todavía presentes en Caracas. El primer hospital de niños de Caracas, por ejemplo, lo construyó el comerciante Juan Esteban Linares, un edificio que hoy es la sede de la Cruz Roja Venezolana.

Lo que hace del seminario de Maracay un hito es que allí se propuso un cambio radical: convertir el mecenazgo personal en una filosofía corporativa que con el tiempo se concretó en las múltiples organizaciones que hoy

conocemos. También se logró otro importante cambio: pasar de “Lo que es bueno para la empresa es bueno para el país” a “Lo que es bueno para el país es bueno para la empresa”. Ese espíritu de responsabilidad social que estaba sembrado en quienes promovieron este cambio de principios permitió sentar el precedente de Maracay, cuyo ejemplo multiplicador de lo logrado y de lo que se ha hecho en estos sesenta años es inmenso, aunque hoy resulta poco para lo que necesita Venezuela.

La educación fue el tema más discutido; en las intervenciones participaron diversos responsables, desde el ministro de Educación de entonces hasta un maestro de escuela primaria. Hago mención especial del ministro de Educación porque era miembro de Acción Democrática, un partido político que poco más de quince años antes, en 1947, había querido imponer algo distinto a lo que proponía en el seminario de Maracay.

En efecto, en 1947 Acción Democrática intentó limitar la educación privada con el famoso decreto 321. Los colegios privados, casi todos católicos, reaccionaron. Yo entonces era un niño y recuerdo que marchamos en forma ordenada —acompañados de nuestros maestros y padres— hasta el Ministerio de Educación para reclamar la derogación de ese decreto, y lo logramos.

Los participantes en el seminario de Maracay coincidían en la búsqueda de soluciones urgentes que demandaran la participación de todos. La iniciativa privada ha cumplido aquel compromiso, pero falta mucho. La educación sigue teniendo urgentes necesidades que resolver, así que debe ser el tema de un próximo y no le-

jano foro similar al de Maracay.

Digo similar porque pensar en una reunión como la de 1963 hoy sería imposible. Nadie va a estar dispuesto a encerrarse cuatro días sin comunicación de ningún tipo para discutir un tema. En aquel momento no había celulares; hoy no nos imaginamos a unos empresarios y gerentes reunidos cuatro días aislados sin internet ni celular. Entonces, en vez de una experiencia como la de Maracay, podría organizarse una secuencia de foros cortos.

Haber estado presente en el seminario de Maracay me obliga a compartir algunas experiencias. En lo personal fue algo muy especial. Inspiró la filosofía de acción de mi vida. Todavía me emociona recordar el compromiso de aquellos señores que doblaban mi edad, que lo tenían todo y que, sin embargo, estaban allí con las camisas arremangadas pensando y atentos al intercambio de ideas en torno al progreso social del país.

Me impresionó enormemente ver a esos grandes capitanes de empresa trabajar durante cuatro días más de doce horas diarias. Todos vivían la realidad nacional. Era un mundo muy distinto al actual, pues no se tenía idea de la globalización y de la interconexión de nuestro tiempo, que en vez de facilitar encuentros presenciales se sustituyen por los virtuales, en los que la velocidad sustituye al diálogo y la postergación a la decisión oportuna.

Eran capitanes de empresa en sus cincuenta años de edad. ¿Se imaginan que hoy podamos concentrar presencialmente a los principales empresarios del país para tratar un tema de interés común como la educación?

Lo que se ha hecho en estos sesenta años en el ámbito de la responsabilidad social es inmenso. Eso hay que recordarlo y recalcarlo, especialmente hoy que se intenta desconocer o cambiar el pasado para reinventarlo o adaptarlo a los intereses particulares de algunos, algo que es inaceptable.

Este reconocimiento nos permite conectar con la segunda vertiente de nuestro foro: seguir el ejemplo del hito de Maracay y convocar a las nuevas generaciones de empresarios y ejecutivos a continuarlo y adaptarlo a las circunstancias actuales con miras al mañana.

Hace sesenta años Venezuela tenía unos ocho millones de habitantes y más de la mitad eran menores de quince años de edad. Los maestros y profesores estaban dedicados a tiempo completo y tenían buenos salarios; además, se construían escuelas y liceos. ¿Se imaginan cómo será el futuro de la Venezuela de hoy, en la que la enseñanza de las habilidades básicas como leer, escribir y resolver problemas matemáticos es tan deficiente?

Para destacar la urgencia de los problemas de la educación, recordemos que en lo que va del siglo XXI el conocimiento y la información se han ex-

pandido exponencialmente, mientras que en Venezuela la educación se ha deteriorado mucho; además, se desprecia el pasado y se ignora el futuro.

A finales de los años noventa, en el IESA se tomó la decisión de actualizar a sus profesores en técnicas de enseñanzas centradas en el estudiante. Cabe preguntarse: ¿se ha actualizado a nuestros maestros de primaria y profesores de secundaria en algunas de las nuevas técnicas educativas? Creo que la respuesta es no. En su lugar, lo que se ha ofrecido es adoctrinamiento político. Aunque quizá sea bastante tarde, hay que actualizar a nuestros educadores en los nuevos métodos de enseñanza, para que estén preparados ante la avalancha tecnológica y la amenaza que se cierne sobre el talento humano y que tiende a aislarlo de los avances de la ciencia.

La clave es valorar el talento, y quisiera recalcar esta clave, porque nunca he creído que hay que distribuir la riqueza, sino que lo hay que distribuir son las oportunidades. Para recordar el espíritu de Maracay, nuestra riqueza es la riqueza de la educación.

Debemos dar oportunidades a quienes no la tienen. El país de hoy y el del futuro lo necesita. Este es el siglo de la economía del conocimiento. Ninguna sociedad fracasa por educar a más gente.

Una conclusión de mi experiencia de Maracay, aplicada a la Venezuela de hoy, es estar consciente de que siempre se puede mejorar; que los problemas, por muchos que sean, están para resolverse y los obstáculos para superarse. Mantengamos el optimismo; no nos los dejemos quitar. Ese debe ser el pensamiento y la actitud del liderazgo responsable de hoy.

Así como hemos tenido éxito en mercader productos, mercadeamos, en beneficio de las nuevas generaciones, los principios de la libertad de pensamiento y de la iniciativa individual. Convenzamos a las nuevas generaciones de que la peor dependencia es la de la dádiva y que la mejor dependencia es la de uno mismo, la que se deriva de la educación. Así convertiremos la ignorancia en conocimiento y habremos ganado la nueva guerra de la independencia. Habremos logrado la verdadera libertad. ☺

*La responsabilidad continúa. El compromiso social: un legado para el futuro de Venezuela. Coordinado por Frank Briceño Fortique, Ramón Piñango, José María de Viana, Jean-Yves Simon, Alejandro E. Cáceres y Virgilio Armas. Incluye entrevistas de Hugo Prieto a Frank Briceño Fortique, Luis Ugalde, Pablo Pulido, Vicente Llatas, Víctor Guédez y Ramón Piñango; textos de Gustavo Roosen, Jean-Yves Simon, José María de Viana y Frank Briceño Fortique; intervenciones de Alejandro E. Cáceres, Diana Vegas, Amarú Liendo, Moisés Naím, Germán Toro Arévalo, Claudia Valladares, Gustavo García Chacón y Gustavo Julio Vollmer. Ediciones IESA (Caracas, 2023).

Francisco Coello: “Hay que despolitizar al sector público, no a los funcionarios”

(Viene de la página 8)

Por último, me gustaría que recordara a Mercedes Pulido. ¿Qué atributos tenía que incitaron a vuestra iniciativa a llamar a la escuela con su nombre?

A Mercedes la conocí como profesora en una época dorada de la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad Católica Andrés Bello. Tuve el honor de recibir clases de ella, junto a Antonio Cova, Mikel de Viana, José Ignacio Rey, Rafael Baquedano, Arturo Sosa, Maritza Izaguirre, Luis

Ugalde, Jesús María Aguirre, Marcelino Bisbal, Thamara Hannot. Creo que me quedo corto en la lista, lo que puedo decir es que la sinergia que se desarrollaba en esa escuela era algo excepcional y que Mercedes era imponente dando clases, llevándote a reflexionar y cuestionarte.

Luego vino el tiempo de compartir como colegas en esa misma escuela, siempre acompañada de un cigarrillo y empezando las conversaciones haciéndote preguntas que te dejaban descolocado, obligándote a revisar y corregir las explicaciones convencio-



MERCEDES PULIDO / ARCHIVO

nales sobre los más variados temas. Y por supuesto, siempre “dateada” sobre el acontecer nacional dispuesta a compartir sus teorías y explicaciones sobre lo que nos ocurría.

En cuanto a los atributos, la lista es muy larga pero en función de la Escuela de Gobierno podemos resumirlos así:

Una larga y exitosa carrera en el sector público dando ejemplo de honestidad y mostrando el liderazgo requerido para tal fin. En dos ocasiones ocupó el cargo de ministro, miembro de la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (COPRE), senadora de la República entre otras funciones.

Una notable académica, desempeñándose como docente en las uni-

versidades Católica Andrés Bello (UCAB), Central de Venezuela (UCV) y Simón Bolívar (USB).

Una destacada luchadora por los derechos de la mujer y su inclusión en la vida del país, participando en reformas legales como la del Código Civil, Ley de Adopción y la Ley sobre Violencia familiar.

Para cerrar, ocupó el cargo de directora de la de imprescindible *Revista SIC* publicación de referencia sobre la investigación social y el debate de ideas en Venezuela.

Este muy sintético perfil habla por sí mismo de la pertinencia de que una escuela de gobierno en Venezuela lleve el nombre de Mercedes Pulido de Briceño pues su trayectoria resume los principios que nos guían en esta iniciativa. ☺